

BOLIBROS
ASA

TERROR

LOS HIJOS DEL CATACLISMO

César
Torre



TERROR &



CESAR TORRE 1976

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto

PINTO (Madrid)

Director responsable:

Gregorio Ovejero

Publicación semanal

Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00414-2

Depósito legal: M. 27.781 - 1976

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

**LOS HIJOS
DEL CATACLISMO**

**César
Torre**

ed

**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

S

OLO faltaban algunos vendedores de “perros calientes” y varios puestos de ventas de refrescos, para que la pisoteada explanada pareciera el escenario de un “picnic” dominical.

Porque había todo lo demás: coches alineados junto a un camino terrero, algunas furgonetas, gentes con trajes claros... Y algo no tan habitual en las fiestas campestres: un gran camión con un grupo electrógeno, otros vehículos de carga con equipos fotográficos, pantallas reflectoras y focos. Todo lo necesario para rodar documentales y grabar en “video”.

También había un acotado formado con cuerdas sujetas a barras de hierro clavadas en la tierra, y unos vigilantes de una agencia privada, con aspecto vagamente militar.

Los curiosos, muy abundantes, iban de un lado a otro fuera del acotado, molestaban a los técnicos, se cansaban de esperar y algunos se dirigían a sus coches y se marchaban a la ciudad.

Aquella especie de feria campestre tenía como eje un grupo de piedras negras, que parecían metálicas, hendidas por una brecha. Había permanecido durante cientos de años cubiertas de maleza y ahora estaban descubiertas.

Cerca de las rocas había dos grandes remolques y un grupo de personas. Cables eléctricos se enredaban a sus piernas. Un tipo corpulento sujetaba sobre sus hombros una cámara cinematográfica y otros mantenían en alto enormes micrófonos de tubo, especiales para exteriores, pasándolos por encima de las cabezas.

Todos miraban a un individuo alto, elegante, de tez tostada por el sol, camisa italiana y pañuelo al cuello, que estaba contestando a las preguntas de un entrevistador. Al individuo que enfocaba la cámara. Al hablar y sonreír, mostraba una dentadura perfecta, de dos mil dólares.

—No hay casualidades, amigo mío. El azar ha ofrecido a la humanidad algunos grandes hallazgos, pero el investigador concienzudo, el científico de hoy, debe basar su trabajo solo en la constancia. El éxito es el fruto de

un trabajo serio y constante. Siempre lo digo y quiero que mis amigos los jóvenes entusiastas de la naturaleza, los seguidores de mis programas y los lectores de mis libros no lo olviden. Un estudio profundo de la geología de esta comarca, un análisis de los hallazgos de anteriores exploraciones, nos ha permitido encontrar esta nueva vía hacia la misteriosa profundidad de nuestro planeta. Naturalmente, no es mérito exclusivo mío, como ustedes saben; en esta tarea no hay personalismos, todo el equipo que me rodea, y del cual soy solo una pequeña parte, ha trabajado con el mayor entusiasmo...

—¿Le parece bien que presentemos a los miembros de su equipo antes de que...? —preguntó el entrevistador.

El cámara desvió el gran objetivo hacia un pequeño grupo que estaba junto a uno de los remolques. Lo formaban dos hombres y una joven. Pero el individuo elegante alzó una mano, diciendo secamente:

—¡Corten!

El entrevistador se puso un poco sofocado. El cámara detuvo el movimiento que había iniciado.

—¿Sí, señor Alexander? —inquirió el entrevistador.

—Haga el favor de no interrumpirme. No necesito ideas.

Yo planeo estos programas, ya lo sabe. Quite su pregunta y ponga un primer plano mío.

El cámara tomó el primer plano de Alexander, que sonreía mirando a la lejanía. Luego continuaron la entrevista. Mientras Alexander seguía explicando lo que habían descubierto en aquel lejano páramo de Montana, al Norte de los campos del cobre, cerca del Canadá, los miembros de su equipo, alejándose al otro lado del remolque, manifestaban lo que pensaban de él. Así, su ayudante científico, Leo Sloan, murmuraba con desprecio evidente:

—¡El gran Alexander! ¡Cielos, si es un nombre de peluquero de señoras!

—Será un nombre de peluquero, Leo, pero está haciendo popular la biología, la zoología y la geología en este país. Sabe vender al público sus historias y eso es lo que cuenta. Después de todo, no te va tan mal con él, Leo —dijo el otro hombre, un muchacho agradable.

La joven reía. Era muy bella, se llamaba Lorie Michaeline y llevaba la secretaría del equipo, y además estaba prometida a Alexander.

—El pobre Leo tiene envidia, eso es todo —comentó—. Nadie gusta de ser el segundo. ¿Por qué no pruebas a escribir tú mismo, a rodar los documentales y pides un programa en la televisión?

—No puede —dijo el joven—. No es fotogénico. Ha nacido para estar en la sombra. Pero le falta vocación de sombra y, de vez en cuando, se rebela...

Leo Sloan se alzó los hombros.

—¡Sois un par de ilusos! ¡Si supierais la verdad sobre vuestro héroe...! Pero tú. Lorie, estás enamorada de él, y tú, Kent, eres su hermano. Así que...

—Sí, soy su hermano y me estoy cansando de tu constante ironía, Leo. No sé cómo Alexander te soporta. Cualquiera día...

Lorie intervino, conciliadora.

—Kent, déjalo. Leo vale mucho y Alexander le quiere.

Tiene un sentido del humor un poco ácido, eso es todo. Y además, este espectáculo que nos rodea le pone nervioso. A mí también. Pero es precioso; de otro modo, no tendríamos fondos para trabajar. Vamos, sé buen chico, Leo, sonríe un poco y cuéntanos qué es lo que visteis abajo cuando hicisteis la primera exploración. Alexander nunca quiere adelantar nada, dice que la emoción es más efectiva en las películas y en las grabaciones, cuando todos somos sorprendidos... Debe ser algo grande, está muy entusiasmado.

Kent murmuró.

—Pues yo le noto inquieto... Me pareció que estaba nervioso cuando subieron. La verdad es que le gustan las profundidades y esta sima resulta siniestra. ¿Qué visteis abajo, Leo?

Leo Sloan no contestó. Estaba escuchando la preciosa palabrería de Alexander, que hablaba de fósiles, y de épocas geológicas. Kent lo agitó un poco, tomándole por un brazo.

—¡Anda! ¿De qué se trata esta vez? ¿Qué clase de fósiles esperáis encontrar aquí? Alexander no habría empezado a rodar, de no tener confianza en disponer de un buen material. ¿Qué es?

—¡Déjame en paz! ¡Pregúntaselo a él!

—¡No gritéis, están grabando! —advirtió Lorie.

La voz de Alexander terminó con unas palabras muy bellas, que se referían a los albores de la creación. Luego una pausa, y voces con instrucciones; el entrevistador se alejaba, los técnicos recogían cables y cajas de grabación.

Los tres ayudantes se metieron en uno de los remolques. Alexander estaba ya en él, sentado ante un pequeño teléfono. Les dijo, con voz seca:

—Cerrad la puerta. Tú, Kent, cuida de que no haya curiosos.

Kent se quedó junto a la puerta, mirando por un ventanillo. Lorie se acercó a su prometido, preguntándole:

—¿Qué sucede?

Alexander hizo un gesto de cansancio.

—Espero que nada. Pero Bruce no contesta.

Leo Sloan palideció. Quitó de las manos de su jefe el teléfono, diciendo, imperioso:

—Déjame a mí.

Alexander se movió un poco, cediéndole parte del asiento. Leo tocó los mandos y luego habló a media voz.

—Bruce, ¿me oyes? ¿Estás bien? Tenemos todo preparado para subirte. Contesta. Están montando las cámaras en la sima. ¿Tienes alguna dificultad?

No había contestación. Kent dejó de vigilar en la puerta. Se había acercado también a la mesita. Leo volvió a repetir la llamada.

—¿Desde cuándo hay este silencio? —preguntó.

Alexander contestó, pasándose una mano por el rostro.

—Antes de que llegaran los filmadores quise hablar con él para advertirle y que se preparara para subir. Ya no me contestó, pero no pude insistir, porque me esperaban...

—Esta mañana hablé con él dos veces, soltó los juramentos de costumbre y me preguntó qué tal estaba la ciudad de ganado femenino.

—La oscuridad le erotiza —comentó Kent.

Alexander le miró con furia.

—¡Creo haberte dicho que no hables con mis ayudantes, ni te metas en nuestro trabajo, Kent! ¡Solo Leo puede hacerlo! ¡Por Dios, Leo, llama a ese imbécil, quizá esté dormido, no puedo retener a toda esta gente, cuestan mucho dinero cada minuto, tenemos que rodar su salida de ese cochino agujero!

—Si te oyesen tus queridos muchachos, los amigos de la naturaleza, no iban a sorprenderse poco —gruñó Leo—. ¡A ver, Bruce, contesta!

Se escuchaba un leve ruido en el altavoz. Alexander se lanzó sobre el dial, dando un manotazo al potenciómetro para aumentar el volumen del sonido. Entonces oyeron claramente un ruido extraño. Era como un jadeo, como una respiración larga y sorda, que terminaba en un silbido.

Lo oyeron perfectamente y aquello les dejó quietos, pálidos. Porque no era el resuello de una respiración humana. Leo Sloan susurró:

—¡Otra vez! ¡Ese ruido...!

Se miraban. Luego, el ruido fue extinguiéndose y, de pronto, oyeron la voz de Bruce, ronca y característica a causa de la ginebra. Pero era como si hablara entre sueños.

—Subo... todo correcto...

Alexander se puso en pie de un salto, lanzándose hacia la portezuela. Leo fue tras de él.

—¡Deprisa, hay buena luz, podremos rodar sin el generador!

Salieron del remolque, dejando la portezuela abierta. Lorie y Kent se quedaron en el vehículo. Miraban el pequeño radio-teléfono. Ahora no se escucha nada, solo el zumbido de fondo. Kent preguntó:

—¿Qué era eso, Lorie?

La muchacha contestó, preocupada:

—No lo sé. No se mencionaba nada en la grabación que tu hermano me dio de su primer descenso para pasarla a máquina...

—Pero ellos... mi hermano y Leo... lo conocían. Leo dijo que lo había oído otra vez...

Lorie Michaeline cortó la comunicación, con ademán decidido.

—Ya lo sabremos —dijo—, cuando sepamos qué es lo que realmente estamos buscando en esa sima.

CAPITULO 2

L

A abertura había sido agrandada artificialmente, y aun así apenas permitía el paso de un hombre. Se hundía en la negra roca y resultaba tan siniestra, que parecía conducir directamente al mismo centro de la tierra.

Un buscador de minerales la había descubierto y, como Alexander estaba siempre al acecho de informaciones que pudieran serle útiles para sus espectaculares programas de radio y de cine y para sus libros, se apoderó de ella, silenciando al descubridor con unos cientos de dólares, porque era zona en que ya habían sido descubiertos interesantes fósiles.

En cualquier caso, Alexander no tenía demasiados escrúpulos, él siempre “encontraba” lo que le convenía y, últimamente, había agotado las aventuras zoológicas, y deseaba interesar a su público en la geología, y en la arqueología, desde luego, siempre con gran espectáculo.

Comprobando que la sima tenía una profundidad enorme y galerías laterales, Alexander montó el campamento, hizo una primera exploración con Leo, no muy intensa porque le aterraban las cavernas, y luego hizo descender a un espeleólogo profesional, Bruce Arnold, que había permanecido dos días abajo, y que ahora debía ascender para, ante las cámaras, periodistas y algunos curiosos elegidos, declarar su sensacional descubrimiento.

Se montaron a toda prisa tomavistas, grabadoras. Alexander se colocó una cazadora de fantasía, que daba muy bien para la televisión en color, estudió rápidamente el mejor emplazamiento para él y dio las últimas órdenes.

—Unos metros de la boca, un medio plano mío haciendo las señales a Bruce, y cortáis. Luego tomaremos a Bruce, en cuanto asome. Nada de preguntas, yo las haré. Y no quiero fallos, esto no puede repetirse.

Todos dijeron que estaban preparados. Los vigilantes mantenían lejos a los curiosos que no interesaban, que eran pocos, pues casi todos se habían cansado de que no sucediera nada especial.

Cuando ningún detalle quedaba por considerarse, Alexander se inclinó

sobre la negra abertura. Su rostro se había crispado un poco. Era indudable que, pese al valor que se le suponía, le impresionaba la profundidad. Luego se apartó, para que rodaran los primeros planos. Cuando le avisaron, volvió al sitio señalado, ahora sonriendo. Una interesante mirada al objetivo de la cámara y, tomando el hilo de señales, tiró de él en la forma convenida. Luego esperó, con ansiedad contenida.

—Espero que ese bestia de Bruce no falle ahora... —pensaba.

Volvió la cabeza, sonriendo a Leo Sloan, que estaba en pie tras de él, tenso. Pero al momento, sentía en la mano el movimiento del hilo. Bruce respondía.

—Señores, el valeroso Bruce Arnold, el hombre que no le teme a nada, va a volver a la superficie de la tierra —anunció con su voz profesional—. ¡Arnold va a volver, trayendo la primera noticia de los misterios que ha descubierto para nuestro programa, misterios escondidos en la profundidad durante miles de años...! ¡Este es un momento emocionante para los amantes de la naturaleza!

Hizo una seña y alguien puso en marcha un motor. Inmediatamente, el cable de acero que se hundía en la sima, comenzó a ser recogido, saliendo de la sima. Alexander iba contando mentalmente las marcas de color que indicaban la cantidad recogida. Cuando calculó que Bruce estaba a punto de aparecer, miró al cameraman, que manejó el transfoco para tomar, en plano corto, la boca.

Alexander sonreía, pero poco a poco iba olvidándose de su papel de protagonista, para mirar con toda atención a la sima. Solo veía el cable ascender. Al final había un soporte de acero que debía sustentar a Bruce, con su equipo, y las sensacionales muestras que debía mostrar, para iniciar la atención del público y suscitar así el interés de todo el país para la auténtica exploración que Alexander haría, y cuyo final debía ser, como siempre, un nuevo triunfo personal.

Alexander miraba fijamente al negro boquete. Apareció la parte alta del soporte. Una seña y el motor redujo su velocidad.

El soporte ascendía muy lentamente. Y al fin, Alexander vio el bulto de Bruce, cogido a él, medio sentado. Vio una de sus manos, sujeta al cable. Pero...

Alexander parpadeó, rápidamente. Abrió la boca, olvidándose de la fotogenia, de la cámara y de su negocio. Estuvo a punto de gritar, horrorizado.

¡Aquella mano aferrada al cable!

La vio fugazmente. Era una mano de Bruce, con toda seguridad. Pero, ¿qué le había sucedido?

Parecía traslúcida, roja, como de fuego. De vivo color rojo, cambiante, al modo como cambian de tonos las brasas encendidas. ¡Y a través de la

carne ardiente, Alexander vislumbró perfectamente los blancos huesos que la sustentaban!

La mano ascendió otro poco y, al salir de la oscuridad y recibir la luz, se volvió opaca y normal, mostrándose como la ancha y velluda mano de Bruce Arnold.

Alexander permanecía encogido. Oía las voces del comentarista que anunciaba la aparición del espeleólogo, los comentarios de los demás. Y él continuaba mirando a la sima, a la oscuridad, siguiendo el brazo enfundado en una prenda de grueso nailon. Estaba esperando y temiendo distinguir en la oscuridad la cabeza de Bruce.

¡Ahora la distinguía! Era como una luz rojiza, vio sus ojos que le miraban, en realidad solo vio dos boquetes negros en el rostro ardiente, y también vio con toda nitidez la calavera blanca, la espantosa boca entreabierta, con las hileras de piezas dentarias...

Inmediatamente, la luz del día envolvió la cabeza de Bruce, que ascendía entre los aplausos de los curiosos. Alexander quedó quieto, contemplándola. Había sido solo un instante, y ahora la cara de Bruce, que le miraba con los ojos cerrados para defenderse de la luz, era normal. Solo un poco pálida.

Alguien se acercó, era Leo, quien tendió a Bruce una gruesas gafas oscuras, para que protegiera sus ojos del resplandor. Más aplausos. Alexander estaba quieto. ¿Había sido una ilusión? ¿Aquel horror que había creído ver durante unos instantes, era solo fantasía?

Leo Sloan le estaba diciendo, en voz baja.

—¡Oye! ¡No te quedes ahí! ¡Ya está fuera!

Bruce había sido sentado sobre un escabel de lona. Estaban fotografiándole, filmándole. Vestía gruesas ropas, un poco humedecidas, colgaban de ellas bolsas y aparatos. Por lo demás parecía encontrarse en buen estado, aunque pálido y bastante delgado.

Alexander se recuperó. Sin duda estaba cansado, eso era todo. Había sufrido una alucinación, causada por la fijeza en mirar a la oscuridad. ¡Qué tontería!

Sonriendo se incorporó, buscando con la mirada el objetivo de los tomavistas. Apartó a la gente sin mucha delicadeza y se colocó junto a Bruce, que no alzó la cabeza.

Alexander lanzó unas miradas interesadas a las bolsas que Bruce había subido. Luego hizo una seña al que manejaba las grabadoras de sonido, le contestaron con otra y empezó a hablar.

—¡Mi querido Bruce, es una alegría tenerte de nuevo entre nosotros! Todos estos amigos, y los millones de amigos que verán estas filmaciones, están esperando que nos cuentes, brevemente, tus primeras impresiones sobre la sima. Sería maravilloso que hubieras encontrado allá abajo algo de

interés para poder mostrarlo ¿Encontraste algo, Bruce? ¿Quizá algún fósil de interés?

Bruce alzó la cabeza, mirándole. Era un hombre jovial, pero, en aquel momento, en sus ojos había un frío terrible, una dureza casi mineral. Y no contestó nada, ni movió una mano, ni pareció enterarse de lo que le decían.

Alexander se desconcertó. De acuerdo con su planes, Bruce debía mostrar, en efecto, un fósil, una pieza ósea de un animal antediluviano, que sería la gran noticia, la explosión lo que pondría en marcha el nuevo éxito científico de Alexander, y daría lugar a filmes y libros de gran venta. La señal para que el gran Alexander en persona tomara la iniciativa y descubriera otros restos más interesantes aún. Posiblemente, algún amargado científico de universidad, diría que se trataba de vulgares fósiles, semejantes a otros ya conocidos, como era en realidad, que no suponían nada de interés especial; pero Alexander, que los había traído de precios en explotación, formaría una hipótesis atrevida, presentaría dibujos ideales del monstruo al que habrían pertenecido, y daría un nombre al nuevo animal, manteniendo polémicas muy agrias con sus opositores.

Era el estilo Alexander, que ya empezaba a ser conocido en algunos círculos, que le acusaban a media voz de falsario. Pero el público le amaba.

Ahora, el imbécil de Bruce no contestaba. Alexander insistió.

—Descansa un poco, amigo mío... De modo que no nos hemos equivocado, llegaste a antiguas cavernas con restos de presencia animal, ¿verdad? Veamos qué puedes mostrarnos...

Bruce continuaba mirándole. Alexander, desconcertado, iba a insistir, pero, de pronto, el espeleólogo se desplomó, quedando tendido sobre la arena.

—¡Corten! ¡Corten! —gritó Alexander, muy nervioso.

CAPITULO 3

E

El médico había dicho que Bruce solo necesitaba descanso, y Alexander, ya repuesto de su susto, y también del contratiempo, porque la indisposición de Bruce había resultado muy espectacular, dio órdenes de que todos se alejasen.

Bruce había sido llevado a la clínica de la cercana ciudad y lo acostaron en una cama. Continuaba sin hablar, aunque había recobrado el conocimiento. Miraba a Alexander con la misma fijeza y, cuando ya todos se retiraban, alargó una mano, sujetando a Alexander por un brazo.

Alexander sintió un estremecimiento. De aquella mano brotaba un frío casi helado que le pasaba la ropa. Recordó lo que había creído ver en la sima y volvió a tener miedo.

—Bruce... ¿Estás bien? —le preguntó.

Bruce dijo, con voz ronca:

—La luz...

—¿Qué le sucede a la luz?

—Que no apaguen la luz... que no la apaguen...

Alexander se soltó de la mano. Estaban con él sus ayudantes y algunas otras personas.

—Es natural, han sido tantas horas de oscuridad... Por favor, que dejen encendidas las luces del cuarto.

El médico dijo que sí y luego todos se retiraron.

Cuando salían, Bruce alzó la cabeza, repitiendo, roncamente:

—La luz... no la apaguen...

Cerraron la puerta, y estuvieron unos momentos en el pasillo despidiéndose hasta el día siguiente. Cuando los miembros del equipo de Alexander se marchaban para dirigirse a su campamento, ya que Alexander no quería alejarse de la sima, Leo le preguntó, en voz baja:

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé... Es posible que haya estado bebiendo abajo.

—No; registré sus cosas, esta vez no llevaba licor... Tú estabas muy

impresionado cuando salió. Y no ha hablado. ¿Qué le ha sucedido, Alexander?

—¡Yo que sé! Si no ha bebido, habrá enloquecido en la oscuridad. El muy imbécil no tiene valor; y decía que era un espeleólogo experimentado... Ahora nos sale con que tiene miedo a la oscuridad, ya le oíste, la luz encendida...

Lorie y Kent se les acercaron y ellos dejaron de hablar. Atrás quedaba un policía de uniforme que había sido colocado por el Comisionado de policía, para que nadie molestase a Bruce.

El policía era un joven que preparaba sus exámenes para la brigada de investigación. Se dedicó a pasear y a recibir bastantes miradas admirativas de las enfermeras, pues medía casi dos metros de estatura, tenía los ojos de un azul purísimo y una sonrisa casi angelical.

Se trataba de una guardia aburrida. Nadie pretendía visitar a Bruce, solo un periodista asomó, pero a quién buscaba era Alexander, la estrella; y se marchó al momento.

Un par de veces las enfermeras entraron en el cuarto de Bruce, saliendo sin tardar. Bruce no quería nada y solo necesitaba descansar. Le sirvieron comida, que no tocó.

Cuando ya todo el hospital parecía descansar, menos los infelices cuyos sufrimientos no se lo permitían, apareció una nueva enfermera de servicio de noche. Una adusta y veterana jefecilla, que miró al policía con desagrado, porque le molestaba la juventud y la belleza que ella nunca había tenido.

—¡Bah, policías a la puerta, ni que fuese un tipo importante; y luego los contribuyentes pagamos estas alegorías!

—Las pagan más bien poco, señorita, a juzgar por mí sueldo.

—¡No se queje, vaya un trabajo, dormir en un pasillo! ¡A ver, quítese de la puerta!

Entró en el cuarto de Bruce y, al acercarse, encontró la mirada fría del espeleólogo. Sin duda aquella mirada irritó a la adusta mujer, que después de examinar todo rápidamente, dijo:

—No se puede tener la luz encendida de noche, joven.

Bruce se alzó un poco, como alarmado.

—No... —gimió—, tiene que dejarla encendida, es preciso...

—Tiene usted una rara voz, muchacho. Y nada de caprichos, duérmase. Las normas son las normas y la luz debe apagarse. Le voy a apagar el interruptor de fuera, para que no vuelva a encender. Usted no está enfermo, todo esto es teatro.

Rápidamente salió del cuarto, refunfuñando. Accionó el conmutador y, sin dejar de gruñir, se alejó por el pasillo.

El joven policía se recostó en la pared. Para distraerse se dedicó a

recordar algunos temas de sus exámenes. Pero pronto le interrumpieron.

En el cuarto que vigilaba se oyó un ruido violento. Luego algo se rompió y empezó a sonar un jadeo poderoso, como si de repente, un enorme animal de poderosos pulmones se hubiera instalado en él.

El policía escuchó, con gesto de sorpresa. Primero creyó que podía tratarse de cualquier ruido del hospital, lugar que le inspiraba bastante respeto.

Pero luego comprobó que procedía del cuarto del espeleólogo. Del hombre al que tenía que vigilar.

El joven frunció la frente. Y sin esperar más, abrió la puerta.

Las luces del corredor habían disminuido, quedando muy tenues. Por eso, al abrir la puerta del cuarto, cuyas luces estaban completamente apagadas, se enfrentó con una oscuridad casi total.

Miró hacia la cama. Un instante le bastó para comprobar que estaba vacía. Luego volvió a oír el ruido a la derecha, donde la habitación se prolongaba. Allí había un biombo que cubría la entrada al cuarto de baño.

Y en aquel lugar, junto al biombo, estaba Bruce Arnold en pie, con las manos tendidas hacia el visitante. Era él quien producía aquel sonido como de agonía animal.

El policía se sintió aturdido primero, luego inmovilizado por el estupor, que al momento daba paso al más absoluto y completo horror.

¡Aquel hombre se había vuelto incandescente, todo el despedía destellos rojizos, intermitentes, siguiendo el ritmo de la circulación de la sangre! Podía ver perfectamente como circulaba la sangre, porque los tejidos traslucían la corriente sanguínea, que parecía fuego líquido, la veía palpar con fuerza en el cuello, en la yugular...

¡Y también veía los huesos de las manos, y las vértebras, y los huesos de la cabeza! ¡Veía moverse las grandes mandíbulas!

El policía, completamente crispado, desenfundó su revolver de reglamento, levantando el percutor. Dio un paso atrás, diciendo:

—¡No se mueva de dónde está!

La mano derecha de Bruce apartó unas flores que estaban sobre la mesita. Al aferrarías, las flores se chamuscaron, se retorcieron, empezaron a arder. Luego, Bruce avanzó hacia el joven. Estaba mirándole, aunque sus ojos eran solo dos boquetes oscuros que desaparecían en las profundidades de la calavera.

El policía tropezó contra la pared ¡Y aquel monstruo jadeante continuaba acercándose! Alargaba las dos manos ardientes, curvaba los finos huesos.

El joven cerró los ojos, se sentía desfallecer y, sin darse apenas cuenta de lo que hacía, disparó el arma dos veces, a quemarropa.

Las detonaciones del 45 atronaron el cuarto, Las siguió otro ruido

terrible, un alarido que nada tenía de humano.

Después, un golpe violento. El biombo había sido arrastrado en la caída de Bruce Arnold, que estaba tendido entre la cama y la puerta del cuarto de baño.

El policía, después de disparar, salió al corredor, de espaldas, con los ojos cerrados, completamente desencajado. Una vez allí, quedó quieto, aún esgrimiendo el arma. Hasta que la seca y formalista enfermera de guardia apareció corriendo por el extremo del corredor. Alguien, en alguna parte, se ocupó de que la luz del corredor se intensificara.

La enfermera preguntó al impresionado joven:

—¿Qué ha sido eso? ¿Por qué ha disparado?

El joven policía señaló a la puerta del cuarto, mientras murmuraba:

—Ahí... es algo horrible... tuve que disparar, iba a destruirme, es espantoso...

La enfermera alzó el interruptor de la luz del cuarto y este se iluminó por completo. Luego entró en él a la carrera y lanzó un grito.

—¡Le ha matado! ¡Usted es un asesino, ha matado a este hombre!

El joven policía gritó también.

—¡Salga de ahí, le digo que es un monstruo, tiene fuego en las manos...!

La enfermera apareció en la puerta, mirándole con severidad.

—Suelte ese arma, joven. Declararé que usted ha disparado sobre él. Y deje de decir tonterías, aquí no hay ningún monstruo, solo un pobre hombre al que usted ha metido dos balas en el pecho. Me temo que le va ser muy difícil explicar sus motivos. ¡Esto pasa por dar armas a muchachos alocados!

El policía se acercó al cuarto, penetrando en él con lentitud.

Bruce Arnold, el espeleólogo, estaba caído en el suelo, sobre un charco de sangre. Su rostro, desde luego, no era agradable de ver, pero solo a causa del rictus de la boca, de la mirada sin vida de sus ojos. Por lo demás, no había en él nada monstruoso. Era tan solo un cadáver que aún conservaba el calor.

El joven balbuceó, confundido.

—Pero... le digo que estaba ahí, de pie, rugiendo como una fiera, despidiendo fuego. ¡Era transparente, se veía su esqueleto y quiso destruirme; tuve que disparar cuando atacaba!

La mujer mascullo, desdeñoso:

—De modo que transparente... ¡vaya una historia! ¡Haré que le tomen una muestra de la sangre, usted toma alcohol o drogas...! ¡Haga el favor de dejar el revólver ahí, no vaya a verme a mí también transparente y me dispare!

El joven puso el arma sobre una mesita. Luego se dejó caer sobre la

pared, cubriéndose el rostro con las manos. Se daba cuenta de que estaba perdido. ¿Qué clase de alucinación lo había dominado?

Pero no, estaba completamente seguro de lo que había visto y oído. Cuando la enfermera le exigía que abandonase el cuarto, el joven recordó algo:

—¡La luz! ¡Sucedio cuando usted apagó la luz del cuarto!

Bruscamente salió al pasillo y cortó la luz del cuarto. Luego penetró en él, seguido de la enfermera. Estaba convencido de que iba a ver de nuevo al monstruo de fuego.

Pero en el suelo continuaba el cadáver de Bruce Arnold, en la oscuridad. El cadáver completamente natural de Bruce Arnold. El joven empezó a gritar, con desesperación, y la enfermera se fue corriendo a pedir ayuda.

* * *

Todos decían que Steve Miller estaba arruinando su vida permaneciendo en aquella pequeña ciudad. Él era hombre de amplios horizontes profesionales, de gran ciudad, donde sus méritos, que eran muchos, se valorasen.

Miller tenía un despacho de abogado en la calle Mayor. Pero no permanecía en él permanentemente, solo cuando era requerido por algún cliente. Alternaba la abogacía con el estudio de la historia local y, sobre todo, de los turbulentos días del descubrimiento de las minas de cobre.

Steve Miller, treinta años, moreno y no muy corpulento, parecía latino. Al menos, las jóvenes pensaban que resultaba mucho más interesante que los galanes de las películas italianas que proyectaban los pedantes del Club Sun, quienes presumían de intelectuales.

Steve se encontraba charlando con un viejo minero que le proporcionaba datos para sus estudios, cuando se presentó ante su casa un coche de la policía, en el que venía su buen amigo, El Jefe Burns.

Steve le invitó a una cerveza, que Burns rechazó.

—Perdona. Estoy muy preocupado.

—¿Por lo de ese chico, por Gray? Sé que es protegido tuyo.

—Es hijo de un viejo amigo mío, Steve. Y le conozco bien. No es posible que disparase sobre un hombre indefenso, solo porque le asustó la oscuridad. ¿Sabes cuál es su versión?

—Sí, más o menos. Aquí no se puede tener nada oculto. ¿Qué dice vuestro médico? Parece un caso de alucinación...

—Por ahí nada, ni drogas, ni nada de eso. Y su salud es muy buena. Ese chico vio algo. Estoy seguro. Y esa gente, el equipo de ese científico... son tipos extraños...

—¡Bah, son negociantes, uno de los muchos camelos de la época! No te los tomes en serio.

—Pues les he impedido moverse de aquí, de su campamento, hasta que aclaremos algo. Gray quiere verte, Steve. Dice que tú eres el único que puede defenderle. En cuanto al dinero, yo tengo unos ahorros y...

—Bueno, cualquiera diría que soy un cabeza de huevo de la capital. Eso es lo de menos. Pero es que no puedo hacer nada, solo le queda el recurso de la anormalidad mental. Habla con un buen psiquiatra.

—Hablo contigo, con un buen abogado. Ese chico no está loco, Steve. No voy a dejar que lo envíen a un manicomio para el resto de sus días. Haz el favor de hablar con él.

Steve se volvió hacia el viejo minero, que no había intervenido en el diálogo.

—¿Qué piensa usted, viejo?

El anciano dijo, calmadamente:

—Que hay muchas cosas en la tierra que no son fáciles de comprender. Que solo los ignorantes se niegan a aceptar lo extraordinario. Puede que ese chico no mienta...

Steve Miller se echó a reír. Pero ante la preocupación del jefe Burns, cortó su risa.

—Hablaré con Gray —prometió.

* * *

Gray, vistiendo ropas deportivas que le hacían parecer aún más joven, casi infantil, estaba sentado en el despacho de Burns, muy pálido y desmoralizado. Cada vez que le pedían que contase lo que había sucedido en aquel cuarto del hospital, el joven se daba cuenta de que todo resultaba más absurdo y lo contaba peor.

Sin embargo, hizo un esfuerzo para ser exacto y convincente con Steve Miller, del que tanto esperaba. Narró la escena, como había visto, en la oscuridad, a Bruce...

Steve escuchaba en silencio y no hizo ningún comentario. Se quedó callado, mirando sus manos, mientras Burns se paseaba nervioso por el despacho. Luego, el abogado dijo:

—Vuélvemelo a contar, muchacho. Pero con más detalles. Cosas accesorias, dónde estaba él exactamente, cómo se movía...

—¡No puedo recordar más! ¡Era un monstruo, un ser infernal, resollaba como una bestia! —gritó Gray.

—Muy bien. Vamos, vuelve a contarlo.

Gray le miraba con irritación, pero narró de nuevo la escena, casi con las mismas palabras.

—“...Le dije que no se moviera, pero él avanzó amenazante cogió unas flores, que se chamuscaron, y las arrojó al suelo. Luego...”

—¡Espera! —dijo Steve, incorporándose—. ¡Burns! ¿Dónde están esas flores? El chico dice que había unas flores en el cuarto, es preciso encontrarlas ahora mismo. ¡No llames por teléfono, ve tú mismo, que busquen en el vertedero, a ver si tenemos suerte y aún no las han destruido!

—¿Qué crees que puede eso significar?

—Para un jurado nada. Para nosotros, un simple indicio de que Gray no miente. ¡Vete!

El jefe Burns salió disparado y Steve se dedicó a beber café de la cafetera de la Comisaría, mientras Gray esperaba, retorciéndose las manos.

Burns regresó triunfante, con una caja de cartón, dentro de la cual traía un ramo de flores mustias. Las flores no ofrecían nada de particular, pero los tallos y las ramas verdes que las acompañaban sí.

Se apreciaba en ellos, claramente, la señal del fuego. Steve puso su mano derecha en torno al ramo, todo lo que podía abarcar estaba chamuscado. Como si algo ardiendo lo hubiera abrasado en un instante.

Miró a Gray, que esperaba con ansiedad. Y dijo:

—Muchacho, empiezo a creer que no estás loco. Como afirma el viejo Dale, el minero, hay cosas que no son fáciles de comprender. Voy a tratar de ayudarte. Seguramente, al final acabaremos los dos en el manicomio.

Gray sonrió, tendiéndole la mano. Burns estaba feliz. Aconsejó:

—Vuelve a la celda, muchacho. Y tranquilízate; Steve y yo nos ocuparemos de todo.

Gray salió del despacho. Steve Miller le vio ir, y luego se volvió hacia el jefe Burns, murmurando:

—Pese a todo, ¿te imaginas a un jurado de ciudadanos de este Condado aceptando que un señor se transformaba en ese monstruo que dice Gray en la oscuridad, y tornaba a ser un inofensivo borracho, aunque muerto a tiros, cuando volvía la luz? Este va a ser el final de Steve Miller como abogado...

CAPITULO 4

E

N la oscura llanura del antiguo campo minero ya no quedaban curiosos. También habían desaparecido los del equipo de rodaje; solo permanecían los coches y los remolques de Alexander.

Leo Sloan acababa de entrar en el remolque privado de Alexander. El ayudante científico miró a su jefe con curiosidad, porque acababa de comentar con Kent y con Lorie la extraña actitud del personaje.

Alexander estaba examinando unos libros, tenía un montón sobre la cama y uno abierto sobre la mesita de trabajo. Junto a él, papeles con notas. Miró a Sloan con desagrado. Luego inquirió, secamente:

—¿Qué quieres?

—Que me digas qué hacemos aquí. Has despedido al equipo, no sales de este cuchitril. ¿Qué diablos te pasa?

—No podemos irnos, ya lo sabes. Ordenes de la policía; hasta que nos autoricen.

—¡Vamos, tú puedes conseguir que revoquen esa orden, con una llamada a tus amigos de las alturas! ¿Cuándo te has dejado tú impresionar por una orden? Si has desistido de este asunto por la muerte de Bruce, delicadeza que me sorprende mucho en ti, pues levantemos el circo y salgamos de este lugar.

—Puedes irte cuando quieras, Sloan. Y llevarte a los demás; no os necesito. Yo voy a quedarme y responderé por todo.

—¿Dices que vas a quedarte aquí, sin programa?

—¡Sí! ¡Y no os necesito para nada!

Leo hizo un gesto de burla.

—Pues será la primera vez. Ya veo que te estás documentando. ¿Es que vas a estudiar en verdad ciencias naturales?

Alexander le lanzó una mirada venenosa.

—Esto se ha terminado, Leo. Cuando regrese a la oficina, haremos una liquidación de tus participaciones.

—¿Es que me despidas?

—¡Ya estás despedido!

—Sin duda has encontrado otro tipo más idiota que yo para que te escriba los guiones y te ponga en lenguaje científico tus brillantes ideas. Muy bien. ¿Has pensado que yo podría ir por ahí contando la verdad sobre el genial Alexander y sus sucios trucos científicos?

—Sí, lo he pensado, Sloan, sería de esperar de una rata como tú. Pero si lo haces, te arruinaré, muchacho. Y, naturalmente, no cobrarías un centavo de las comisiones sobre las ventas y contratos. Además, ni te necesito a ti, ni necesito a otro asesor. ¿Es que crees que no soy capaz de preparar las cosas por mí mismo?

—No solo lo creo, lo sé, eres un fante incapaz de...

Alexander se puso en pie. Le sacaba la cabeza a Leo Sloan.

—Ya está bien —gritó—. Te voy a romper todos los huesos, sabandija. Y después te enviaré a la cárcel. Mi pobre amigo, si escandalizas, mi capacidad se pondrá en duda, me harás mucho daño, pero eso será todo. Tú en cambio irás a la cárcel. ¿Por qué crees que todas las historias que hemos inventado pedí que las escribieras a mano, precisamente tú, con los detalles? Están bien guardadas, son como mi seguro, yo pasaría por un imbécil pero el granuja, el defraudador, serías tú, que me propusiste todo, ¡Bah! ¡Además, eso no me importa ahora, vete al infierno y di lo que quieras; quítate de mí vista!

Leo Sloan murmuró, rabiosamente:

—¡Farsante! ¡Incluso has enamorado a una mujer maravillosa, utilizando mis ideas, es a mí a quién ella debería amar, se ha enamorado de mi talento, de las palabras que yo he puesto en ti! ¡Ella sabrá toda la verdad sobre ti, imagina que me utilizabas solo por comodidad, yo le diré que eres absolutamente incapaz y además le contaré cómo realizas tus grandes descubrimientos...!

Alexander volvió a sentarse, ordenando:

—Vete de una vez. Leo.

Leo Sloan cambió de gesto. Casi amablemente preguntó:

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué estás buscando en esas obras de consulta? ¿Por qué quieres quedarte? Sobre todo, Alex... ¿qué fue lo que viste en la cima cuando salía Bruce Arnold? Me di cuenta de tu gesto, estabas asombrado...

Alexander se encogió de hombros.

—No vi nada. Vete ahora mismo.

Leo Sloan, irritado, dijo que sí, que le dejaba. Y abandonó el remolque.

Cuando se dirigía al que ocupaba con Kent, un coche llegaba a la explanada, un todo terreno descubierto, que frenó junto a los remolques. De él bajaron dos hombres. Leo se detuvo.

Los hombres se acercaron a él. Leo reconoció al jefe de policía del

lugar, vestido de paisano. Al otro no lo había visto nunca. El policía lo presentó.

—Steve Miller, es el abogado del joven que disparó sobre su colaborador. Espero que no tengan inconveniente en atenderle...

—Ninguno. ¿Continúa ese chico insistiendo en su fantástica historia? Sería mejor para él declarar que Bruce le atacó, ¿no le parece?

Miller dijo:

—No suelo recomendar a mis clientes que mientan. Si en verdad usted siente alguna simpatía por él, ¿por qué no me cuenta qué era lo que Bruce Arnold hacía en esta expedición?

Leo Sloan lanzó una mirada al remolque de Alexander. Y, sonriendo malignamente, asintió.

—Sí, se lo voy a contar, amigo. Vengan al remolque de trabajo.

Les condujo al mayor de los remolques, donde tenían los equipos, los sistemas de comunicación, y todo lo demás. Leo Sloan sonreía continuamente, estaba decidido a hundir a Alexander. Era como si la muerte de Bruce Arnold, que en realidad no significaba nada para el grupo, hubiera encendido la mecha de una situación que ya era explosiva.

—Pasen. Les diré lo que hacía Bruce, espeleólogo desprestigiado y expulsado de varias Sociedades por mala conducta.

En el interior del remolque todos quedaron en pie. Leo Sloan abrió una carpeta en la que había dibujos, que mostró a los dos visitantes.

—Caballeros: Esto es lo que el gran Alexander iba a descubrir en la sima. Restos fosilizados de un desconocido habitante de la tierra, que paseaba por estos lugares hace un millón de años.

El jefe de policía inquirió, confundido:

—Pero... ¿cómo lo tienen ya dibujado, si aún...?

Miller hizo un gesto de entendimiento:

—Porque ellos sabían de antemano lo que iban a encontrar. Entonces, ese Bruce tenía por misión colocar allí el hallazgo. Supongo que no sería una reproducción de plástico.

Leo rio.

—Usted es listo, abogado. No; eran fósiles auténticos, de otros hallazgos, convenientemente confundidos... Bastante para engañar a algunos entendidos... Pero...

—¡Eres un miserable, Leo! ¡Eso es falso! ¡Mi hermano exagera sus conocimientos, pero nunca haría una cosa así!

Kent había entrado en el remolque, acompañado de una pálida Lorie. Leo les presentó, con burla:

—El hermanito del gran Alexander y su secretaria y prometida. Lo siento, Kent, pero estoy diciendo la verdad. Tú sabías que tu hermano era un ignorante, y que yo le escribía todo, pero ahora ya sabes que, además,

todo era falso. No digas que no lo sospechabais, mil veces dejamos escapar indiscreciones.

Kent dijo que iba a pegarle y el jefe de policía se puso ante él para sujetarlo. Lorie dijo:

—Eres una mala persona Leo. Alexander te ha dado a ganar mucho dinero y, sea como sea, nunca te obligó a ayudarlo. Aceptaste porque te convenía, y ahora le vendes miserablemente.

Leo dejó de sonreír.

—No piense eso de mí, Lorie... Yo... Él me ha despedido. Y han matado a un hombre, es natural que diga la verdad. Pero, Lorie...

Steve Miller miraba al curioso grupo y escuchaba. Se daba cuenta de la situación. También advirtió que la mirada cínica de Leo Sloan cambiaba cuando miraba a Lorie. La sombra de Alexander, además de envidiar su éxito, también deseaba a su novia.

—Por favor, no discutan —pidió—. Lo que necesitamos es...

Kent, que miraba hacia el exterior por el hueco de la puerta, preguntó, con sorpresa:

—¿Qué es eso? ¿Qué hace mi hermano, Leo?

Todos miraron al exterior. Alexander, con ropas de exploración, casco luminoso y otros trebejes, se dirigía entonces hacia las negras rocas acompañado de uno de los ayudantes. Leo musitó, asombrado:

—¡Va a descender a la sima! ¡Pero... él tiene horror a las profundidades! ¿Qué es lo que sucede? ¡Es una locura!

Alexander desapareció tras de las rocas negras, Steve quería saber.

—¿Por qué es una locura? ¿Qué peligro hay abajo?

Leo Sloan, sin contestar, accionó una palanca de una de las grabadoras. Inmediatamente empezó a escucharse un sonido insólito, como la respiración muy amplificada de un agonizante. O como el jadeo de un gran animal después de la carrera.

Todos quedaron quietos. Los que ya habían oído antes aquel sonido, impresionados de nuevo. El policía y el abogado, estaban realmente desconcertados. Fue el policía quien preguntó:

—¿Qué es eso? ¿A qué corresponde?

—Ustedes querían saber lo que hay en el fondo de la sima. Me temo que esta sea su voz —contestó Leo.

* * *

La maquinilla de la superficie iba dejando deslizar lentamente el fino hilo de acero del que colgaban los tres hombres: Kent, Leo y Steve Miller. Paradójicamente era el abogado, acostumbrado a explorar minas abandonadas, quien más práctica tenía en el descenso.

Pronto, los tres quedaron en la más completa oscuridad. Leo, muy nervioso, iba dando instrucciones.

—Hay varias galerías en sentido horizontal; la que pensábamos “descubrir” es la última, la que se abre en el fondo de esta chimenea.

Llegaron por fin al fondo. Hacía un calor húmedo. La chimenea continuaba profundizando hacia el corazón de la tierra, un poco más lejos. Miller fue hasta esta segunda boca y la iluminó con su lámpara.

—Debe llegar al mismo infierno. Veamos esa galería...

Kent propuso llamar a su hermano, a voces. Se lo impidieron. Y empezaron a caminar por una galería que iba ensanchándose poco a poco. Al llegar a un punto, Leo dijo que aquel era el lugar elegido para encontrar los fósiles. Resultaba fotogénico. Pero Alexander no estaba allí.

Continuaron avanzando. Ahora, el suelo se veía cubierto de un polvo que parecía de lava. Leo señaló el lugar, diciendo:

—Alexander. Esas deben ser sus pisadas. Nadie había llegado hasta aquí. No comprendo qué es lo que busca. Tiene pavor a las cuevas... ¿Qué es lo que quiere averiguar?

Miller contestó:

—Posiblemente, lo mismo que nosotros. Todos deseamos saber qué pudo sucederle a Bruce Arnold para enmudecer cuando salió de aquí, él, que según ustedes, era un verdadero charlatán. Y qué fue lo que vio ese joven policía para volverse loco y empezar a disparar.

Extrañamente, el piso de la galería era completamente plano. Miller iba pasando la luz de su lámpara por todos sitios. Y observó algo sorprende.

—Estos lados, fíjense en los bordes... yo diría que han sido trabajados con alguna herramienta...

Los tres lo miraron. Kent murmuró impaciente que debían regresar. Pero, antes de que le contestaran, los tres hombres oyeron un ruido muy definido. Eran pasos rápidos que se acercaban a ellos. Luego apareció una luz que les cegó, y un silbido. Un silbido que a Miller le sonó muy agradable, porque había sido producido por una bala.

La luz que les cegaba se apartó un poco y vieron una alta sombra. Miller lanzó hacia ella el resplandor de su lámpara.

Allí estaba Alexander desconocido. Sucio de polvo, sin componer el gesto. Tenía en su mano derecha una pistola automática, y les apuntaba con ella.

—Esto es cosa tuya Leo —dijo—; pero no te valdrá de nada. Si no abandonáis ahora mismo la sima, empezaré a disparar. ¡Nadie va a arrebatarme este descubrimiento! ¡No! Yo lo he visto, lo he tocado, algo grandioso, increíble. ¡Esta vez, nadie dudará de mí! ¡Y no te necesito a ti para nada, Leo! ¡Así que largo de aquí! ¡Fuera!

Leo murmuró:

—Es una locura, Alex. No tienes experiencia. Caerás en un agujero. ¿Qué es lo que buscas?

—¡El gran golpe de mi vida! ¡Auténtico! ¡Algo que pondrá mi nombre en la historia de la humanidad!

Disparó el arma de nuevo. La bala rozó a Leo, que saltó a un lado gritando. Kent cogió a Miller por un brazo mientras suplicaba:

—¡Haga algo, está loco, se ha creído que es realmente un gran científico!

Miller se daba cuenta de que Alexander disparaba a matar. Si no lo conseguía era por su mala puntería y por su estado de excitación. Debía desarmarle.

Dio un paso. Los ojos alucinados de Alexander le miraban. El cañón del revólver le apuntó.

Cuando el índice empezaba a mover el gatillo, en la oscuridad de la galería se oyó como un golpe sordo, quizá una sacudida del aire, porque, en efecto, un aire más caliente aún llegó hasta los cuatro hombres.

E, inmediatamente, el siniestro sonido ya escuchado por los altavoces se dejaba oír. La pesada y poderosa respiración, el jadeo. Podía ser el gemido de un gran motor. Pero los cuatro hombres supieron que, quien lo producía, no era una máquina, sino un ser vivo.

¡Un ser vivo y desconocido, un habitante del interior de la tierra, que se acercaba a ellos!

Miller apagó su lámpara, susurrando:

—¡Apaguen las luces! ¡Kent, traiga aquí a su hermano! ¡Pronto!

Kent aferró a Alexander, arrastrándole hacia un lado de la galería. Alexander trataba de soltarse. Leo apagó la luz de su casco, y también la de la poderosa lámpara sujeta a su cintura. La oscuridad más absoluta se hizo entonces en la galería.

Steve Miller había arrebatado a Alexander su pistola.

El ruido se hacía más y más fuerte. Se aproximaba. Alexander se agitaba, mientras, Leo y Kent se encogían sobre el polvo.

Primero vieron como un resplandor rojizo, intermitente. Seguía el mismo ritmo del sonido. Cuando se producía el jadeo, aparecía el resplandor, y este se apagaba al decrecer el sonido.

El resplandor era cada vez más intenso. Iluminaba la galería un instante y luego volvía la oscuridad. Más fuerte... más fuerte...

Miller pudo al fin distinguir, al producirse la luz, una forma oscura, que avanzaba. Susurró:

—No hagan ruido, no se muevan...

Era como el efecto de un luminoso de publicidad. La forma aumentaba de tamaño. El sonido de su respiración resultaba terrible. Y luego, cuando se encontraba a pocos pasos y se detuvo...

Era un hombre. Pero, ¿podía llamarse a aquello un hombre? Cada vez que jadeaba, le rodeaba un resplandor rojizo que debía proceder de él mismo, y que le iluminaba por entero. Luego, volvía la oscuridad.

Miller contuvo la respiración. Aquello tenía, en forma general, el aspecto de un hombre. El cuerpo era tosco, enorme, medía unos dos metros de altura y estaba formado por capas sucesivas de aspecto pizarroso.

La cabeza parecía un boceto, era disforme, sin ojos ni orejas. Solo una gran boca, una enorme hendidura que se abría y cerraba, produciendo aquel jadeo espantoso. Una boca como de un pez abismal, agonizando al ser sacado a la superficie.

¡Un pez abismal! Era a lo que más podía recordar aquel ser que se movía, que respiraba y que, sin embargo, parecía un bloque de alguna materia puramente mineral.

Miller estaba quedando cegado por el parpadeo de la luz rojiza que debía ser la exhalación producida a cada golpe de respiración.

Kent susurró, casi sin voz:

—¿Es... real?

La mano de Miller se puso ante su boca. El espantoso habitante de la sima movía su tosca cabeza lentamente, a un lado y a otro. Ahora los intervalos en que le envolvía la luz eran más largos. Alzó los brazos, tanteando en torno suyo. No tenía manos. Sus enormes brazos terminaban en algo parecido a una maza y, cuando uno de ellos rozó el costado de la galería, se produjo como un pequeño estallido y parte de la roca se pulverizó.

Leo Sloan le dijo a Miller, junto a la oreja:

—Tiene alguna clase de fuerza radiactiva...

—¡Silencio!

Sloan no hizo caso. Estaba demasiado excitado.

—No oye. Ni ve. ¿No se da cuenta? Es un ser de las profundidades. El equivalente a los peces de las grandes fosas marinas. Pero, en cierto modo, es humano... es espantoso...

Alexander se zafó de quienes le sujetaban y se puso en pie, avanzando hacia el ser. Tenía en las manos su cámara fotográfica con la antorcha electrónica. Antes de que pudieran impedirle, la disparaba, a pocos pasos del monstruoso ser.

Se produjo el destello de la antorcha, el sonido del obturador, un grito de triunfo de Alexander. El habitante de las simas aumentó el ritmo de su jadeo, el resplandor rojizo se hizo más intenso. Sin embargo, no parecía haber visto ni oído nada. Aun así se movía hacia Alexander, que intentaba repetir la fotografía y hablaba a gritos, completamente enloquecido.

—¡Un hombre llegado del centro de la tierra, un ser mineral, mi descubrimiento, mi gran descubrimiento, solamente mío! ¡Lo he

encontrado yo, Alexander, yo...!

Miller se lanzó sobre sus piernas, derribándole sobre el polvo, cuando los brazos del monstruo ya le buscaban. Pasaron sobre ellos, y Miller percibió una oleada de terrible calor, un dolor que parecía llegarle a los huesos.

Desde el suelo pudo ver al monstruo. Era realmente mineral, en parte rígido, en parte, en algunas articulaciones, en la absurda cabeza y sobre todo, en torno a la enorme hendidura por la que respiraba, como de finas placas de algo parecido a la mica, superpuesta, que permitía los movimientos.

Leo tiraba de ellos, apremiando.

—¡Huyamos, creo que viene otro! ¡Creo que si nos toca moriremos, es una energía terrible, en movimiento!

Miller y Alexander se arrastraron sobre el polvo, hasta poder incorporarse. Leo había encendido su lámpara y los cuatro hombres corrieron por la galería, sin volver la cabeza.

El resuello fue apagándose. Cuatro personas eran un peso excesivo para la máquina de arrastre, pero se colocaron como pudieron en el estribo, haciendo la señal de subida.

El hilo de acero resistió y los cuatro hombres pudieron llegar a la superficie.

CAPITULO 5

E

L jefe Burns escuchaba las explicaciones de Leo Sloan con una verdadera expresión de incredulidad.

—¿De modo que dice usted que todos los seres terrestres descienden de un bicharraco marino llamado celacanto? Pues permítame que lo dude. Ustedes, los científicos, tienen el mayor aplomo para inventar historias, que después desmienten tranquilamente.

—Yo me estoy refiriendo a millones de años anteriores a la historia que usted conoce, jefe. Y es pura hipótesis. Pero si la aceptamos...

—Usted la acepta —dijo el testarudo policía.

—Pues sí, yo la acepto, puedo entender que una rama de esa transformación no evolucionara sobre la superficie de la tierra, haciéndolo en las profundidades de las simas. En cuyo caso, tal ser, habría evolucionado más lentamente, y recordaría más al lejano antepasado marino.

—Me recordó a los peces de las fosas marinas que hay en los museos —dijo Miller.

—Pero mineralizados. Habría encontrado la energía para vivir, no en el medio orgánico nuestro, sino en el mineral. Energía mineral, radiactiva... La energía que convirtió en polvo a la piedra volcánica... nada más tocarla —explicó Leo.

—Todo eso es como uno de los programas que hacen ustedes para los chicos en la televisión. Y aquí se trata de la vida de un hombre que dice...

—Que dice que vio cómo Bruce emitía destellos rojizos. Y se volvía traslúcido... —aclaró Miller—. Pudo ser contaminado, afectado de algún modo por esos seres. Pero esperemos que Alexander acabe de revelar sus fotos...

Alexander estaba en el remolque, trabajando con la película impresionada. Le oyeron lanzar un grito de rabia y poco después abrió la portezuela con violencia.

—¡No hay nada! ¡Pero yo le vi! ¡La película no está impresionada!

Miller entró en el remolque. La película había sido en realidad destruida, la emulsión se había descompuesto por completo. No quedaba ninguna prueba de la existencia de los seres del abismo.

Alexander bajó del remolque. Muy excitado, dio unos pasos hacia el grupo que le miraba, y se desvaneció.

* * *

El jefe Burns, que no creía una sola palabra de lo que habían declarado los improvisados espeleólogos sobre los habitantes de la sima, dispuso, de todos modos, una vigilancia estrecha para que nadie se aproximase al campamento, ni a la sima. Pero no redactó informe alguno para sus superiores.

—Esperaré. Verás, Steve, estos buenos señores, mis jefes, solo creen en lo que ven. Si les doy nuestra información, enviarán aquí un ejército de psiquiatras y acabaréis todos empapelados. Y ahora que no hay fotografías...

Un médico había acudido a ver a Alexander. Le hizo un reconocimiento concienzudo, y habló vagamente de cansancio, de la vida moderna, de agotamiento nervioso. Y recetó tranquilizantes. Steve Miller le dijo:

—Quisiera que comprobara algo, doctor. ¿Tiene usted algún medio científico de medir la radiactividad del enfermo?

El médico hizo un gesto de sorpresa.

—¿Teme que haya recibido contaminación de esa clase? ¿Es que están experimentando con minerales radiactivos? Tendría que traer un contador... Pero no ofrece esos síntomas.

—Pídalo por teléfono, por favor...

Miller quedó solo con Alexander, que dormía bajo los sedantes. Y cuando estuvo solo, cerró la portezuela, cegó la luz de las ventanas del remolque, haciendo la oscuridad casi total en el pequeño habitáculo.

Pero Alexander no se volvía luminoso, ni traslúcido. Aquello habría sido algo positivo para el pobre Gray, que Alexander experimentara el mismo fenómeno que Bruce, pero no había tal.

Alexander permaneció casi inmóvil durante el resto del día.

Miller y Burns se habían ido a la ciudad. Miller quería saber si había sido acusado en los sismógrafos más próximos algún movimiento sísmico en aquella zona, aunque fuese de pequeña importancia. Kent y Leo, para dejar más tranquilo a Alexander, se habían cambiado de remolque. Lorie estaba sumamente deprimida por todo. El descubrimiento de la verdadera personalidad de Alexander de la farsa total de su vida, la había apenado mucho.

Se hizo de noche. Los vigilantes dejados allí por Burns se turnaban,

quedando en los coches con radio. Los ayudantes que no se habían ido con el equipo de rodaje dormían en una barraca.

Lorie iba de vez en cuando a ver a Alexander, que continuaba dormido. Luego regresaba a donde estaban Kent y Leo, bebiendo cerveza, y una vez más desesperados. Habían decidido como medio para defenderse de la locura, que lo que habían visto en el fondo de la sima era solo una ilusión. Y los dos empezaron a culpar a Alexander de todo.

—¿Qué hacemos aquí? —decía Kent—. Esto ya no es un juego, si está sucediendo algo extraño y peligroso, que lo estudien las autoridades. ¡Cielos; cuando pienso que esos seres se hallaban tan cerca de nosotros, que bien podrían subir a la superficie! ¡Tú deberías hacer algo, Leo, eres el ayudante de mi hermano, deberías...!

Leo Sloan había perdido una gran parte de su agresividad. Todos sus criterios científicos se tambaleaban. Respondió, con rabia:

—¡Yo no tengo que hacer nada! ¿Es que crees que a la hora de las dificultades me voy a convertir en protagonista? Soy solamente una sombra, un negro, el genio es tu hermano. ¿Quién sabe que Leo Sloan existe? Esta vez, el gran Alexander, por puro azar, ha descubierto algo importante y ya lo ves, ha enfermado de miedo...

—¿De miedo? ¡Bajó él solo a la sima!

—Sí. ¡Y ya lo ves como está! Mira, no cuentes conmigo para nada. Es tu hermano, ¿no? Me parece que le debes mucho más que yo...

Lorie miraba hacia el montículo de rocas negras. De vez en cuando, llegaba un coche de la policía, y las luces de sus faros iluminaban el campamento; luego, volvía la calma.

—Es terrible que habléis así de Alexander —dijo a los dos hombres—. Él ha sido muy generoso con los dos y le pagáis de este modo.

—¿Generoso? —preguntó Leo—. ¡No me hagas reír, preciosa! Lo habrá sido contigo... Me ha pagado un sueldo y me debe toda su gloria. Lo sabes muy bien, él puso tan solo la fotogenia y la osadía, pero yo he sido siempre el auténtico Alexander. ¡No le debo nada!

Kent intervino.

—Eres un resentido, Leo. Tú odias a mí hermano porque es brillante. Has aceptado trabajar en la sombra y eso te ha envenenado. Pero no es cierto que te haya pagado un sueldo únicamente, él te ha dado lo que has querido, te ha sacado de apuros muchas veces, cuando te has visto con el agua al cuello por los corredores de apuestas —hizo un gesto áspero—. Tiene razón Lorie, eres un maldito desagradecido. Ahora que Alexander está enfermo, y que posiblemente no vuelva a trabajar, empiezas a desacreditarle.

Leo rio de un modo desagradable.

—¡Muy emocionante, el hermano pequeño defendiendo la honradez del

que ha sido para él como un segundo padre! ¿Quién le odia más, yo por haber sido sustituido por él, o tú, porque le debes todo lo que tienes?

—Por favor, Leo. No hables así, Kent no tiene motivo alguno para odiar a Alexander —dijo Lorie—. Sabes muy bien que se adoran.

—¿Sí? Pregúntale qué siente cada vez que tiene que pedirle a Alexander dinero y su gran hermano se lo da con bromas sumamente simpáticas. Vamos, Lorie, pregúntale.

Kent apretó los labios, mascullando.

—¡Maldito sea! ¡Alex se cree que aún tengo quince años, el muy farsante, con sus consejos y sus regañinas! ¡Me tiene pegado a sus faldas, y controla cada dólar que gasto!

—¡Kent! ¡Es horrible, él te quiere, quiere lo mejor para ti, y tú hablas mal de él! ¡Su único familiar...!

Lorie casi lloraba.

Leo se echó a reír.

—No hay nada como una crisis para hacer examen de conciencia. Sí, amigos, parece que nadie quiere a Alexander, salvo quizá tú, Lorie, que eres mejor que nosotros. Ya lo ves, no soy yo solo el resentido, odio a Alexander por celos científicos, aunque no sé por qué puedo sentir celos de un tipo como él, que tiene de científico tanto como yo de artista. Kent le odia por otros motivos, porque le debe demasiado, y porque todo lo que tiene es de él. ¿No es así, Kent?

Lorie dijo que no podía continuar escuchándoles y que en aquel momento comprendía que, más que nunca, debía hacer compañía a Alexander. Dejó a los dos hombres iniciando una nueva pelea y se fue al remolque de su prometido.

Antes de entrar en él, volvió a mirar las negras y siniestras piedras. Había un gran silencio. Podía oír el ruido lejano de la ciudad. Era como un apagado palpar. Escuchó atentamente. A veces creía percibir otro ruido, un jadear poderoso. Y creía notar como si bajo sus pies el suelo se agitara, siguiendo aquel jadear.

—¡Bah! ¡Estoy nerviosa, todas esas historias...!

Entró en el remolque. Alexander continuaba dormido. Había desaparecido su crispación. Lorie se sentó junto a la cama. Estaba encendida una luz. La joven pasó una mano por la frente de su prometido y le sintió estremecer.

—Pobre Alexander... Temo que se ponga muy enfermo...

Estaba dispuesta a pasar junto a él toda la noche. Buscó algo que leer, allí solo había revistas profesionales. Poco después se cansaba, y como la luz del techo del remolque empezaba a molestarle, la apagó.

Así, en la oscuridad, la joven se quedó un poco adormecida. No supo si continuaba dormida o si estaba despierta, cuando empezó a escuchar un

ruido, que primero le resultaba vago, impreciso, y luego reconoció, por haberlo escuchado antes.

Abrió los ojos, de golpe, completamente despejada. ¡Sí, era aquel jadeo, aquella respiración animal que grabaran en los aparatos de registro!

Sonaba muy claramente. La joven se puso en pie de un salto, corriendo hacia la portezuela, que estaba entreabierta. Miró hacia la llanura, a las piedras negras.

—¡Entonces... no era una ilusión! —murmuró, horrorizada—. ¡No lo era!

El sonido le llegaba muy próximo. Con un terror súbito, la joven cerró la portezuela, pasando el cerrojo. Y se quedó allí, mirando por el grueso cristal. Esperando.

El jadeo parecía envolverla. La muchacha comprendió de pronto. ¡Era del interior del remolque de donde procedía aquel sonido! ¡A su espalda!

Estuvo unos instantes quieta, sintiendo en el rostro el frío del cristal. Luego se volvió, lentamente.

Todo el interior del remolque parecía agitarse a impulsos de aquel resuello bestial. Al mismo tiempo, un resplandor rojizo, cada vez más intenso, seguía al ruido, como su eco.

La horrorizada joven miró a la cama, en la que descansaba Alexander. Su cabeza se había incorporado un poco. ¡Estaba tratando de levantarse, apoyando los codos en la cama!

¡Era Alexander quien producía aquel ruido! ¡Era él quien jadeaba bestialmente, quien emitía aquel destello rojizo!

La joven murmuró, llena de espanto:

—¡Alexander!

El naturalista se alzó un poco más. Ahora empezaba a hacerse traslúcido. ¡Podían verse las sombras de sus huesos! ¡Podía apreciarse cómo blanqueaba el cráneo tras de la carne encendida!

Lorie lanzó un grito, ahogado, extraño. Alexander movía las mandíbulas. Tenía la boca muy abierta, como si se ahogase. ¡Y a cada golpe de respiración, el resplandor era más intenso y más claramente se dibujaba su cráneo!

Lorie volvió a gemir. Torpemente trataba ahora de descorrer el cerrojo. Al fin lo consiguió, cuando Alexander había vuelto a derrumbarse sobre la cama. La joven cayó al suelo, al tropezar en el escalón. Se levantó rápidamente y corrió desolada hacia el vehículo donde estaban Kent y Leo.

Las luces estaban apagadas. La joven llamó en la puerta.

—¡Leo! ¡Kent! ¡Por favor, está sucediendo algo horrible! ¡Por favor!

Nadie le contestaba. Lorie se asomó al interior, sin ver a ninguno de los dos hombres. Llorando se alejó a la carrera, sin saber a dónde ir.

—Steve Miller! ¡Él debe saber todo esto enseguida! ¡Tengo que hablar

con él!

¿Por qué pensaba precisamente en Steve Miller? Había sido algo inmediato. Y sin detenerse a considerarlo, subió a uno de los coches del equipo, lanzándolo hacia la carretera.

Los policías de vigilancia la vieron partir. Uno de ellos lo comunicó por radio a su control.

* * *

En el remolque de Kent y Leo, este segundo se mantenía pegado al ángulo formado por un pequeño ropero. No se movía ni apenas respiraba, pues no podía hacerlo, a causa del fuerte brazo que le atenazaba por el cuello.

Había escuchado las llamadas de Lorie, mientras la voz fría y dura de Kent le advertía.

—Callado, Leo. Callado, si no quieres que te rompa el cuello.

Y Leo Sloan se mantuvo callado. Estaba más sorprendido que asustado, porque Kent le había atacado de modo absurdo, por sorpresa, obligándole a quedarse quieto. Cuando los pasos de Lorie se alejaron, la presión del brazo de Kent cedió un poco.

—Perfecto —dijo—. Déjala que se marche. Tú y yo tenemos algo que hacer.

Leo resopló, murmurando:

—Estás loco... Y si crees que te tengo miedo...

—No quiero que me tengas miedo, Leo, solo quiero que me obedezcas. Verás, lo que dijo Lorie era cierto, tú y yo odiamos a mí hermano, pero tus motivos son menos serios que los míos. Tú le odias por vanidad... Yo por algo más intenso: Por dinero...

—Eres una basura, Kent...

—Soy un hombre práctico. Alexander se ha acabado por completo ya no vale nada, no a producir nada en adelante. Y esa necia muchacha, con el romanticismo a todo gas por lo que ha sucedido, se casará con él en cuanto pueda levantarse, lo que significa que la fortuna de mi hermano, que es muy importante, se me va de las manos. Te sorprendería saber cuánto dinero ha acumulado la hormiga de mi hermano con toda esa palabrería.

—Te creía un memo, Kent; ahora veo que me confundía. ¿Por qué no me sueltas de una vez?

—Porque quiero que me escuches. ¿No lo has comprendido aún? Mi hermano ya no me es necesario, en estos momentos, vale mucho más para mí muerto, que vivo. Soy su único heredero. Siempre que Alex muera antes de casarse...

Kent decía todas aquellas cosas con su mismo aspecto de muchacho de

siempre, alegre y algo simple. Leo Sloan empezaba a comprender.

—¡Vas a matarle! ¡Vas a...!

—Vaya; un científico que es capaz de pensar. Algo insólito. Sí, eso es lo que pienso hacer, Leo, con tu ayuda.

Leo Sloan alzó los brazos rápidamente, golpeando a Kent y logrando soltarse de su brazo. Pero se contuvo en su intento de correr hacia la portezuela, porque sintió una cosa fría apoyarse en su nuca y la voz de Kent, que decía:

—Si das un paso más te mato, Leo. Esto es un revólver.

CAPITULO 6

Q

ue es lo que quieres de mí? ¿Por qué me cuentas todo esto? ¡Podría denunciarte!

Kent rio apretando un poco más el arma sobre el cuello de Leo.

—¿Serías capaz de hacerlo? ¿De enviar a la cárcel al simpático Kent, al inofensivo y agradable Kent? Suponía que te gustaría conocer mis planes respecto a Alexander. ¿No has pensado más de una vez en el placer que sería acabar con él?

—No soy un asesino.

—Tampoco yo. No encuentro el menor placer en matar a mi hermano, después de todo. No lo haría si fuera pobre. Pero ya veo que no vas a ayudarme. ¡Por lo tanto, tendré que matarte a ti primero, porque, tú los has dicho, podrías denunciarme, ahora que conoces mis intenciones!

Leo escuchó el leve ruido del gatillo al moverse. Gritando, pidió:

—¡No dispaes! ¡Haré lo que quieras, Kent!

—Perfecto. Contaba contigo. Pero no olvides el revólver. Ahora, vamos a ver a Alexander.

Con la mano izquierda cogió a Leo por la ropa mientras con la derecha sujetaba el revólver. Un empujón, y Leo Sloan bajaba del vehículo. Kent miró a donde estaba la policía, comentando burlón:

—Unos muchachos tranquilos. Y la loca Lorie se fue. Volverá pronto, pero ya será tarde para Alexander y también para sus esperanzas de atrapar el dinero de mi hermano mediante un conveniente matrimonio.

Leo avanzaba a empujones, pensando en cómo podría escapar de aquel loco. Pero no le era posible. Al fin llegaron al remolque de Alexander y Leo se detuvo, preguntando:

—¿Qué es lo que quiere de mí, Kent?

Y Kent, que estaba tras de él, apuntándole con el arma, contestó:

—Ahora lo sabrás.

Volvió el arma, sujetándola por el cañón, y propinó un golpe seco en la nuca de Leo, que se desplomó en silencio.

Kent miró rápidamente hacia los coches de la policía; no podían verle en la oscuridad. Luego examinó a Leo.

—No tendría gracia que se hubiera muerto del golpe. Lo necesito vivo...

Rio. Le había mentido a Leo, sí, era un asesino. Es decir, no solo estaba dispuesto a matar, además, le complacía.

—Estás vivo, Leo Sloan. Bien, te diré lo que pienso hacer contigo, ahora que no puedes oírme. Te voy a colocar junto a Alexander, tendrás en la mano este revólver, bien marcadas en él tus huellas, después de que yo borre las mías. En cuanto dispare sobre el imbécil de mi hermano, saldré a toda prisa, te pondré el revólver en la mano, y aguardaré a que lleguen esos necios policías, que tardarán unos pocos segundos tan solo. Me encontrarán desolado, diré que yo también oí el disparo, que vine corriendo, y que te vi aquí, cuando salías del remolque... Tuve que golpearte... Ni siquiera habré visto a mi hermano muerto, lo descubriré después, en presencia de los policías. El truco es muy simple, pero bastará para que todos ellos, prácticamente, “vean” como has disparado. ¿Qué tú contarás la verdad? Leo, amigo mío, yo soy el hermano de Alexander y le adoro; tú en cambio le envidiabas y le odiabas, todos los saben. En cuanto a Lorie, cuando le insinúe que puede disfrutar de la fortuna de Alexander a través de mí, ¿qué crees que declarará?

Volvió a reír. Movi6 a Leo Sloan, colocándole el pie de la entrada al vehículo, del modo que le parecía más natural.

Luego limpi6 la culata del revólver con su pañuelo, y también el cañ6n, que había sujetado para golpear a Leo. Una vez hecho esto, envolvió el arma en el pañuelo, para no dejar nuevas huellas.

Y así dispuesto, entr6 en el remolque.

Al oír aquel extraño ruido, Kent lanzó una rápida mirada hacia el panel donde estaban las grabadoras, porque record6 el sonido que había registrado. Pero la grabadora estaba detenida, no brillaba la luz verdosa.

Y, sin embargo, el sonido era intenso, todo el interior del remolque parecía estremecerse a cada jadeo. Kent qued6 quieto. Luego mir6 hacia la pequeña cama de su hermano y, aun en la casi total oscuridad, vio las blancas ropas sin ocupante.

—Alexander... —susurr6—. ¿D6nde estás?

Alzó el revólver. Había olvidado parte de sus precauciones, como la de no tocar el arma sin el intermedio del pañuelo. Repiti6 el nombre de su hermano. Entonces le envolvió un resplandor rojizo, como si se hubiera encendido la luz de seguridad del cuartito fotográfico. Un resplandor intermitente.

Se volvi6, porque notaba en su nuca un aire cálido, e intuía una presencia amenazadora. Se volvi6 de un salto, súbitamente.

Kent no supo que era aquel horror que estaba ante él, mirándole. Solo advirtió que de él brotaba el siniestro jadeo, y también aquel extraño resplandor que iluminaba el remolque.

Vio la horrible cabeza, con los huecos de los ojos y los huesos brillantes. La negra hendidura de la boca... Era un espectáculo alucinante, Kent no podía moverse, sentía en su mano el duro contacto del revólver, y no lo utilizaba.

El monstruo alzó los brazos. Kent reconoció entonces la ropa que vestía.

—¡Alexander! —musitó, horrorizado.

Alexander alargó un brazo desnudo, los huesos de la mano y el cúbito y el radio, se movían como palancas dentro de una masa gelatinosa y brillante en que se habían convertido los tejidos, los músculos...

Kent lanzó un alarido terrible y quiso disparar el arma, pero su mano parecía agarrotada, no le obedecía. Sintió como un golpe de calor cuando la mano de Alexander se acercaba a él y cerró los ojos, incapaz de resistir más.

Luego, algo ardiente tocó su cuello. Kent volvió a gritar y su cabeza pareció estallar, todo él fue agitado, la sangre ardía dentro de sus venas, el cerebro dejó de emitir señales eléctricas, y en su nariz y en su boca apareció un poco de sangre.

Cayó de espaldas, rígido, con el revólver aferrado a su mano crispada. Toda la piel se le había oscurecido instantáneamente. En el cuello humeaba una enorme quemadura. Kent había muerto abrasado por una energía sumamente poderosa.

Alexander ni siquiera le miraba. Es decir, el monstruo en que se había convertido Alexander, para el cual Kent no significaba absolutamente nada, no miraba al hombre que acababa de destruir.

Pasó a su lado, siempre jadeando, con la boca muy abierta, aspirando con ansia un aire que no parecía ser nunca suficiente. Y descendió del vehículo.

Leo Sloan continuaba en el suelo, inconsciente. Al pasar a su lado, uno de los desnudos pies de Alexander rozó la mano derecha de Leo, extendida sobre la tierra. La mano quedó abrasada, y el dolor fue tan terrible que llegó al cerebro de Leo, sacudiéndole. El naturalista despertó, gimiendo. Estuvo unos instantes aturdido, hasta que pudo localizar el punto exacto de aquel sufrimiento. Miró su mano; tuvo que acercarla mucho a los ojos, a causa de la oscuridad. La mano estaba abrasada y humeaba. Leo se mareaba de dolor. Entonces oyó el ruido que ya conocía perfectamente, aquel espantoso jadeo. Y, mirando a lo lejos, vio alejarse una alta sombra que a intervalos resplandecía con una luz rojiza e inquietante.

—¡Dios mío! —murmuró— ¡Son ellos, los habitantes de la sima, han

salido a la superficie!

Luego volvió a desmayarse, con el rostro pegado sobre la tierra.

* * *

El coche de Burns había llegado hasta la misma portezuela del remolque de Alexander, con alaridos de sirenas, y las luces de aviso colocadas en el techo.

Con él venía Miller, Lorie y también Gray, cuya libertad condicional había conseguido su jefe. Otros coches de los hombres que vigilaban el campamento se habían acercado. Y los ayudantes del equipo que dormían en su barraca, alertados por tanto ruido, andaban de un lado para otro, haciendo preguntas.

Solo los dos policías con Miller y Lorie, pasaron al interior del vehículo, mientras otros atendían a Leo, que había sido metido en uno de los coches patrulla.

Lo que encontraron en el interior del remolque fue terrible. El rostro de Kent, con los ojos muy abiertos, una expresión de terror indecible, la piel oscurecida, las venas resaltadas, parecía gritarles algo. Luego, en el interior de la pequeña vivienda había también muchos objetos y lugares quemados, las mismas ropas de la cama, el pavimento de vinilo... En algunas partes habían quedado marcadas en él las huellas de unos pies desnudos.

—Tal como tú lo viste, Gray, alguien de fuego ha estado aquí, y ha matado a este hombre —gruñó Burns.

—Cómo te habría matado a ti, de haberte atrapado —dijo Miller—. Tendremos que hacer fotografiar todo esto, traer técnicos; probaremos que Gray no mentía. Y por lo que ha dicho la señorita, se trataba de Alexander. Sufrió la misma mutación que Bruce Arnold, el espeleólogo. Algo les contaminó en el fondo de la sima y ya sabemos qué era. Es posible que todos los que bajamos, suframos en cualquier momento el mismo fenómeno. O quizá no permanecemos allí tiempo suficiente. Alexander nos precedió, recuerdo que dijo haber visto y tocado un gran descubrimiento ;quizá entonces se contaminó!

—¿Qué clase de contaminación?

—Yo diría que radiactiva. Estos hombres recibieron una dosis de radiactividad, y la almacenaron como acumuladores humanos, hasta producirse la crisis. Lorie lo vio. Debía estar empezando la mutación. Kent debió llegar después, cuando ya Alexander, en la oscuridad, como Bruce, estaba saturado, y era mortal.

—Me gustaría saber dónde se encuentra ahora —dijo Burns.

Miraban a la negra llanura. Miller murmuró:

—Supongo que abajo, si ha sido capaz de montar él solo un cable de

descenso. Es horrible, pero, parece como si ahora dependiera de esa energía. Hace miles o millones de años, otros humanos debieron quedar atrapados ahí abajo y se transformaron en los hombres minerales que vimos. Alimentados de la misma energía que ha contaminado a Alexander...

En uno de los coches que estaban fuera sonó el zumbador de un radio. Un hombre habló. Luego llamaron.

—¡Jefe! ¡La contestación del Instituto de Sismografía! Burns corrió nerviosamente hacia el vehículo.

La voz inexpresiva de un operador de radio de la policía, decía en tono cantarín:

—Jefe Burns... Llamando al jefe Burns...

—Sí. El jefe Burns al habla.

—Informe del Instituto de Sismografía sobre la zona solicitada. Se han producido en los días pasados microsismos, son sus palabras textuales, con períodos de diez segundos, no apreciables en la superficie. Creen que en la zona señalada se podría estar produciendo una falla por fractura rocosa, con deslizamiento. Resumiendo: dicen que, efectivamente, se ha registrado esa región como zona megasísmica.

—¿Nada más?

El operador hizo una pausa, para añadir luego, y esta vez olvidando su tono profesional.

—Hay unas palabras técnicas complicadas, pero el resumen es el siguiente, jefe: ¡Crean que va a repetirse el movimiento, y esta vez con mayor fuerza! ¡Por lo visto, esas rocas deslizantes pueden producir algo así como un rebote! ¡Vamos, que ustedes harán mejor largándose de ahí cuanto antes!

—No le he pedido su opinión —dijo Burns, que con las malas noticias se volvía más bien grosero.

* * *

Leo se había negado a ser enviado a la ciudad para ser curado de la quemadura de su mano. Como tenían un botiquín en el campamento, la misma Lorie hizo la cura. Habían encendido los faros de todos los vehículos, y con ellos iluminaban el grupo de negras rocas que se alzaban en la llanura.

Así podían registrar el terreno, en busca de Alexander. Llegaron hasta la entrada del pozo, y no vieron en él señales de que alguien hubiera descendido por allí.

—Cualquiera que intente detener a ese hombre, puede morir —dijo Miller.

—Sea como sea, es un asesino —gruñó Burns—. Y voy a tratar de meterlo en un calabozo.

No podían hacer nada más, así que regresaron a los remolques a esperar que se hiciese de día. Burns había colocado algunos hombres en cruces de caminos, y en las entradas a las carreteras principales y, de vez en cuando, hablaba con ellos por radio.

—¡Diablo! ¡No puedo decirles que estamos buscando a un hombre que parece de fuego, que su esqueleto se trasluce, y que tiene en las manos una especie de energía de varios miles de voltios!

—No se lo creerían —dijo Miller—. Y, de creérselo, desaparecerían en un momento del lugar. Sloan: ¿cómo va esa mano?

Estaban todos en el remolque de Alexander. Sloan miró su vendada mano y sonrió a la muchacha.

—Bien. Lorie es un ángel...

Lorie no le contestó. Miraba abstraída hacia un rincón; Miller se acercó a ella.

—No se torture, Lorie... Se trata de algo que está por encima de nuestra comprensión...

Ella le miró con angustia, exclamando:

—¡Pero...! Alexander es bueno, quería mucho a su hermano. ¿Por qué le mató?

Leo Sloan intervino en la conversación.

—Escuchen, no pensaba hablar de ello, no me importa ya nada de lo que nos suceda a todos nosotros y, en estas circunstancias, me parece que Alexander ya está por encima de celos y de ambiciones. Pero no quiero verte con esa cara, criatura, eres la única de todos nosotros que vale la pena. Alexander no es un asesino, ni aún transformado en el monstruo que es ahora. Kent no esgrimía el revólver para defenderse, sino para matar a su hermano. Primero me golpeó a mí y luego entró aquí para matar a Alexander. Había decidido que ya no era productivo, y quería heredarle cuanto antes. No me importa que los demás crean que miento, pero deseo que tú lo sepas, Lorie.

Lorie le sonrió, levemente.

—Gracias, Leo. Te creo. Gracias.

Quedaron en silencio. Empezaba a amanecer. Una triste luz iba sustituyendo a la oscuridad. Gray anunció, inquieto:

—Habrá niebla esta mañana...

—Pues es un inconveniente. Las nieblas por esta zona suelen ser muy cerradas. V es preciso encontrar a Alexander, para evitar que mate a alguien más —murmuró Burns.

—Para prestarle ayuda —corrigió Leo Sloan.

Lorie tomó su mano herida, con sumo cuidado, y se sonrieron. Ahora

que Alexander no imponía su personalidad, el oscuro Leo Sloan, que siempre había permanecido en segundo plano, parecía cobrar nuevo carácter.

Steve Miller había metido una hoja de papel en una máquina de escribir, y estaba redactando una declaración para que la firmaran Sloan, Lorie, y Burns. Los primeros declaraban cómo habían presenciado la mutación de Alexander. El segundo, la forma en que había muerto Kent. Burns previno a Miller.

—Si no encontramos a Alexander, es posible que estas declaraciones no le ayuden a Gray. Todo es demasiado fantástico.

Gray preguntó, de pronto:

—¿Quién está moviendo este trasto? ¿No ven cómo se balancea la lámpara?

Leo Sloan dejó de mirar a Lorie, para lanzar una rápida ojeada al techo del remolque y decir:

—¡El terremoto! ¡Se está moviendo la tierra!

* * *

El hombre acababa de abandonar la cama matrimonial, y después de lanzar una mirada a su mujer, que dormía arrebujada entre las ropas, refunfuñó a media voz:

—Antes, esta se levantaba primero para prepararme el desayuno. Pero ahora... con la disculpa del reuma...

Se puso una vieja bata sobre la ropa de dormir. El hombre atendía una pequeña gasolinera, a la que la construcción de una autopista había convertido en un lugar apartado, al que raramente llegaba un cliente.

De ese modo, la gasolinera, falta de pintura, iba poco a poco desmoronándose, mientras su dueño esperaba un posible comprador, que no llegaba jamás.

Primero habían cerrado la cafetería. Luego la tienda de repuestos, después de despedir al único empleado y después de que su hijo les abandonara diciendo que no resistía allí ni un día más, porque aquello era un cementerio.

Ahora vegetaban, y el fracaso de sus vidas estaba terminando también con el matrimonio. El hombre descendió al piso bajo, para prepararse algo en la cocina. Desde ella podía ver muy bien la gasolinera, y lanzó hacia ella una mirada de disgusto.

—Se va a evaporar la gasolina del depósito, sin venderla...

Aún había poca luz, y el día amanecía, además, triste. El hombre encendió la cocina de gas, que produjo un silbido. Luego alzó la llama, el silbido no cesaba, lo que causó extrañeza.

—Otra cosa que se acaba. ¡Mientras no estalle...!

El silbido había cesado, pero el hombre continuaba oyendo un ruido desconocido. Como un jadeo fuerte. Pensó en algún animal; a veces un perro vagabundo se acercaba al olor de la comida. Pero en aquel momento no había comida que pudiera despedir olor, y ningún perro jadeaba con tanta fuerza.

El hombre arrugó la frente. No tenía miedo; de haber sido miedoso no hubiera podido vivir durante tantos años en aquella soledad, sobre todo desde que el tránsito se había desviado por la autopista.

—Debe ser alguna avería... o quizá algo esté rozando la fachada. Pero yo diría que...

El ruido se hacía mayor por momentos. Y, de pronto, ante la puerta acristalada de la cocina apareció una alta sombra. El hombre se sobresaltó al verla. Quien estuviera al otro lado, producía aquel ruido.

—Un enfermo... puede que necesite ayuda —se dijo.

Había oído jadear de aquel modo a algún enfermo de asma. Pero tampoco con tanta fuerza. El hombre se puso ante la puerta. El cristal era opaco, solo se adivinaba la silueta de un individuo muy alto. Preguntó:

—¿Qué desea? ¿Le sucede algo?

El jadeo cesó, o al menos fue contenido. Y una voz que le pareció algo alterada, contestó, rápidamente:

—Por favor... sí, necesito ayuda. ¿Podría dejarme entrar?

El hombre miró fugazmente hacia la mesa sobre la que había un gran cuchillo de cortar pan. Lo tomó, metiéndolo en el bolsillo de la bata.

—Espere, le abriré —dijo.

Sujetó el pomo de la puerta, para quitar el seguro y poder abrir. Entonces, el hombre que estaba al otro lado, pidió, suplicante:

—Por favor, antes de abrir, encienda la luz.

—No hace falta, ya se ve bastante...

—No, la luz... por favor... Enciéndala.

—Oiga, yo en mi casa hago lo que quiero. De modo que...

El hombre fue a tirar de la puerta, pero no pudo moverla. Al otro lado, el visitante debía sujetar también la manilla. Y, de pronto, el pomo se puso casi al rojo y el dueño de la casa tuvo que soltarlo, lanzando un grito.

—¿Qué es esto? ¡Me he quemado imbécil!

Furiosamente sacó el cuchillo del bolsillo. El visitante continuaba al otro lado, repitiendo suplicante.

—Por favor... la luz, es importante... por cuestión... de mi estado de salud. Enciéndala, se lo ruego...

El dueño de la casa pulsó el interruptor, volviendo a coger el pomo, que ya no quemaba. Abrió la puerta entonces, con cierta violencia.

La fuerte luz de la cocina cayó sobre el visitante. Era un hombre alto,

que vestía un pijama y tenía los pies desnudos. Su rostro estaba crispado, los ojos muy abiertos. Un leve temblor se advertía en sus labios.

El dueño de la casa adelantó el cuchillo, diciendo:

—Usted debe estar loco, seguramente ha escapado de alguna parte. ¡No se mueva!

—Perdone mi aspecto, señor, comprendo que desconfíe, pero no estoy loco. Míreme bien. ¿No me reconoce? ¿No tiene usted televisión? Sin duda me ha visto en algún programa, me llamo Alexander... Profesor Alexander... Son programas sobre la naturaleza y divulgación científica... puedo explicarle por qué estoy sin vestir... precisamente trato de pedirle algo de ropa. Naturalmente, podré pagárselo... No ahora, pero...

El hombre le miraba fijamente. Murmuró:

—Sí... parece usted ese tal Alexander... ¿No andan por esta zona con alguna cosa? Me lo dijeron en el pueblo.

—Exactamente. He sufrido un accidente, se lo explicaré. Le voy a pagar muy bien su ayuda, unos zapatos, cualquier ropa me valdrá, usted es tan alto como yo.

—Tengo mucha ropa de mi hijo. ¡Qué cosa más extraña! ¿Por qué necesita la luz? Oiga, y ese pomo abrasaba hace un momento.

—¿El pomo? No sé, sin duda fue una ilusión. Es por mis ojos, es parte del accidente, bajamos a una sima... por favor, la ropa...

Alexander había entrado en la cocina, sentándose sobre una silla. Parecía agotado, sumamente nervioso. El hombre de la casa, tras una duda, dijo que iría a por ella.

—No se mueva de aquí, profesor —aconsejó.

Cuando el hombre salió de la cocina, Alexander le siguió, hasta verle entrar en un cuarto. Los ojos de Alexander, desencajados, febriles, habían cambiado de expresión. Ahora estaban llenos de astucia.

Miró el teléfono que estaba en la cocina. Con mucho cuidado lo alzó, escuchando. Si había otro teléfono en el cuarto en el que el hombre había entrado, y lo usaba para llamar al exterior, él lo sabría enseguida.

—Es posible que la policía haya puesto a toda la comarca sobre aviso... pero no van a encontrarme. ¡No antes de que lo consiga! ¡Esta vez lo tendré, auténtico, el reportaje más sensacional de mi vida, esta vez asombraré al mundo, antes de que me aniquilen!

El hombre de la gasolinera no había utilizado ningún teléfono. Alexander oyó el ruido de una puerta al abrirse y el hombre volvió, con un montón de ropa y unos zapatos de lona.

—Es lo mejor que tengo —dijo—. Le valdrá por el momento. Oiga, ¿tiene usted los pies desollados? ¿Quiere que avise para que vengan sus amigos a buscarle? ¿Cómo ha podido sucederle un accidente en pijama?

Alexander no contestó. Se estaba vistiendo, rápidamente. La ropa le

quedaba algo pequeña, pero podía arreglarse con ella. Intentaba sonreír amistosamente, porque pensaba pedirle al hombre otros favores, quizá incluso un vehículo. Y, desde luego, el uso del teléfono.

—Supongo que funcionará su teléfono —dijo.

—Sí. Ya le he dicho que puedo llamar a sus amigos.

—No, gracias. Déjelo.

Se puso en pie, sonriendo. Entonces su rostro se hizo tan terrible, que el dueño de la casa volvió a asustarse. Murmuró, nervioso:

—Le traeré una chaqueta, profesor, espere un poco.

Alexander quiso decirle que no la necesitaba, pero el hombre ya volvía a entrar en el cuarto que había ocupado su hijo. Alexander se dirigió al fregadero para beber agua. Estaba llenando un vaso cuando oyó un “clic” en el teléfono.

—¡Está pidiendo ayuda! —murmuró con rabia.

CAPITULO 7

E

El dueño de la gasolinera había cerrado la puerta a su espalda e, inclinándose sobre la mesita que estaba junto a la cama de su hijo, empezó a marcar un número en el teléfono.

El cuarto tenía cerrada la ventana, colocadas por fuera los tableros de seguridad, lo que mantenía la habitación en una casi completa oscuridad.

Cuando el hombre se disponía a hablar, la puerta se abrió bruscamente, y Alexander apareció bajo el marco, rugiendo:

—¿Qué hace usted? ¿A quién pretende llamar? ¿A la policía?

El hombre soltó el teléfono, sobresaltado. Veía a Alexander a contraluz, contra el resplandor de la cocina. Pero Alexander, completamente desquiciado, estaba penetrando en el cuarto. ¡Y entonces sucedió algo espantoso!

Conforme Alexander pasaba de la luz a la oscuridad del cuarto, su cuerpo iba volviéndose traslúcido, envolviéndose en una luz rojiza que se desprendía de él, como un halo. ¡Y el rostro... se transformaba, oscureciéndose, borrándose, para dejar ver la calavera blanquecina!

El hombre de la gasolinera se encogió, balbuciendo algo. Alexander se acercaba, y, sin darse cuenta de su transformación, sin recordar lo que le había sucedido con Kent, intentó sujetarle.

Sus manos asieron al hombre con fuerza. El dueño de la casa lanzó un horrible alarido. Había vuelto a sacar el cuchillo, y lo soltó, porque el dolor que sentía era terrible. La bata empezaba a arder allí por dónde las manos de Alexander lo habían sujetado.

El hombre seguía gritando cuando Alexander, furioso, le golpeaba en la cara con una mano. El pesado cuerpo del infeliz fue lanzado contra el muro con enorme violencia. Se estrelló contra la pared, deslizándose después hasta el suelo.

Alexander jadeaba con la boca muy abierta. Todo él parecía arder, pero no sus ropas; eran solamente las partes “expuestas a la oscuridad”, las manos, la cabeza...

Se lanzó sobre el teléfono que colgaba de su cordón, intentando hacer una llamada. Tocó la horquilla, para obtener línea. Luego puso su mano sobre el aparato, e inmediatamente se elevó el olor intenso a materias plásticas quemadas.

El aparato había quedado retorcido, deformado, sus partes metálicas se habían soldado.

Alexander lanzó una exclamación de rabia. Golpeaba los restos del aparato contra el muro, jadeando con intensidad. Luego se volvió hacia la puerta, encontrándose con una mujer a medio vestir que le contemplaba con expresión de horror. Que le miraba, helado en sus labios un grito.

Alexander se dirigió hacia ella y la mujer, sin llegar a decir nada, ni siquiera a gritar, se desplomó sobre el suelo blandamente.

El naturalista pasó junto a la mujer, resollando de un modo terrible. Conforme iba penetrando en la iluminada cocina, recobraba la forma y consistencia normales, desaparecía el halo, su cuerpo volvía a ser opaco. Y cuando tomó el teléfono de la cocina, el aparato no sufrió ningún efecto no fue abrasado ni deformado. Envuelto en la luz, Alexander perdía su terrible energía. Fuera de la oscuridad, era inofensivo.

Aun así, el teléfono no tenía señal, estaba en línea con el del cuarto y había dejado por ello de funcionar.

Alexander se revolvió, furioso. Había conseguido la ropa, pero no podía pedir la ayuda que necesitaba.

La mujer caída en la puerta del cuarto empezaba a gemir. Alexander abandonó la casa, impetuosamente.

Una vez en el campo, pensó en la forma de llegar hasta un nuevo teléfono.

—¡Este hombre tendría un coche, no se puede vivir sin vehículo en un sitio como este!

Lo tenía, una vieja camioneta cargada de neumáticos estropeados, que el dueño de la gasolinera recogía para obtener algunos dólares. Había gasolina en el depósito, pero faltaba la llave, y Alexander era incapaz de hacer un puente en el encendido.

Volvió a la casa. La mujer se había incorporado, y al verle entrar gimió. Pero el aspecto de Alexander era normal ahora y la infeliz tuvo que pensar que aquel horror que antes había creído ver, había sido solamente una pesadilla, producto de su disparatada imaginación.

—Señora, deme las llaves del coche ¡Deprisa! ¡Se lo dejaré en la ciudad!

—¡Ha matado a mi marido! —dijo ella, con un hilo de voz—. ¡Usted lo ha matado!

—¡Las llaves! ¡Démelas, o...!

La mujer se encogió, contestando...

—En aquel cajón, en la mesa de la cocina...

Alexander tiró del cajón, dejándolo caer al suelo. Se desparramaron muchos objetos, y entre ellos las llaves del vehículo. El profesor las tomó, y al mismo tiempo recogió un puñado de monedas.

—Se lo devolveré todo, señora...

—¡No me devolverá la vida de mi marido! ¡Haré que lo encierren en la cárcel para el resto de su vida! ¡Le mataré, maldito...!

Alexander ya no la escuchaba; corría de nuevo hacia el vehículo.

* * *

Richard Furno era el jefe de equipos móviles de la estación de televisión que tenía contratado a Alexander, en el Estado de Montana. Acababa de regresar a su casa en Helena, procedente de la zona del cobre, donde había trabajado con Alexander hasta la muerte de Bruce. Tenía ahora que preparar un informe para sus jefes, justificando el fracaso del trabajo. Y, por esa razón, no se había acostado aquella noche, manteniéndose despierto a fuerza de café.

Estaba un poco atontado cuando sonó el teléfono. Lo tomó con indiferencia.

—¿Qué? —dijo.

—¿Señor Furno? —una telefonista hablaba—. Hay una llamada para usted, de la frontera, a su cargo, quiero saber si la acepta.

—Nunca acepto llamadas a mi cargo, preciosa, sean de quien sean...

—Lo llama a usted un tal Alexander... Profesor Alexander.

Furno dio un salto de la silla.

—¡Diablos, póngame! ¡Pero antes espere un poco!

Nerviosamente empezó a maniobrar en una grabadora. No lograba conectarla en el teléfono.

—No —refunfuñó—; mejor será llamar a ese jefe de Policía, tengo su número por aquí, podría...

Quiso establecer comunicación utilizando otro teléfono, pero ya era tarde. La voz de Alexander sonaba en el primer aparato, impaciente, agitada.

—¡Richard! ¡Escúchame, es muy urgente, muy importante! ¿Me estás oyendo?

—Sí, Alex... te escucho. ¿Dónde estás?

—¡Eso no importa ahora! ¡Oye, es preciso que vengas inmediatamente, alquila un avión, te necesito ahora mismo, quiero que vengas con un equipo portátil de video, una grabadora de imagen y sonido y unas luces autónomas! ¡Pero ha de ser inmediatamente! ¿Oyes, Richard?

Furno se mordía el labio inferior, con impaciencia.

—¡Pero se ha suspendido el trabajo, ya lo sabes, las autoridades...!

—¡No me importa nada lo que digan las autoridades! ¡Esta es mi ocasión; Richard, algo grande, algo sensacional, es preciso que tomemos las pruebas para que el mundo se asombre! ¡Todo lo que hemos hecho hasta ahora, ha sido un basura comparado con esto, Richard! ¡Es la gloria! ¡Esta vez será completamente auténtico, asombroso! ¡Tenemos que registrar sus imágenes!

—Pero Alex... nos han prohibido... ¿Dónde estás exactamente?

—¿Para qué quieres saberlo? ¡Te iré a buscar al aeropuerto! Alquila ese Beechcraft del otro día y vente con el equipo. Las fotografías no valen, ellos, nuestros amigos de la profundidad, destruyen la emulsión con su energía, no podemos fotografiarlos, ni filmarlos en cine, pero confío en que el video valga, porque no se destruyó el soporte de plástico de las fotografías... ¿te das cuenta, Richard? Con el video tendremos su imagen y su sonido, podremos tomarlos. ¡Sal ahora mismo, con el equipo más ligero que tengas...! ¡Por favor...!

Richard Furno no contestaba. Hubo una pausa.

—¡Richard! ¿Qué diablos te pasa? ¿Es que no quieres ser famoso? Ese video valdrá una fortuna, no habrá esta vez dudas, te repito que he de conseguirlo, lo haré sin el maldito Leo, una primera página en todo el mundo nada de programas infantiles, esta vez...

—Alex... escucha, es preferible que te entregues. Es mejor, créeme.

—¿Qué me entregue? ¡Pero...! ¿Qué es lo que quieres decir?

—Te buscan, por lo de Kent... Me llamaron por teléfono, me han avisado, y a todos tus colaboradores también, Alex. No eres responsable, lo saben, ha sido un accidente, pero es preferible que te entregues. Dime dónde estás, y yo...

—¡Señorita, no corte! ¡Espere...!

Pero una voz aburrida de mujer, contestaba, despacio:

—Lo siento. Colgó.

—¡Señorita...! ¡Señorita!

CAPITULO 8

A

ALEXANDER había sufrido una alteración cerebral. La obsesión por el triunfo persistía en él, era como si su ambición profesional, el sentimiento más fuerte de su personalidad, hubiera permanecido vivo, mientras todo lo demás, los sentimientos humanitarios, el afecto a los suyos, el sentido de la responsabilidad e incluso el horror de su propia situación, le fuera indiferente.

Solo podía pensar, por tanto, en el gran reportaje, en humillar a su colaborador, Leo Sloan. Ya no recordaba a su hermano Kent, y había olvidado por completo al hombre de la gasolinera. Al profesor Alexander no le importaba nada, y en aquel estado estaba dispuesto a arrasar a medio mundo para poder ver de nuevo a los monstruos del subsuelo, para conseguir su descubrimiento.

Después de su fallido intento con Furno, Alexander, que le había hablado desde una cabina de la carretera, volvió a la camioneta, sentándose ante el volante, desesperado.

—Me van a coger antes de que lo logre... ¡Debo impedirlo...!

Tenía las manos en el volante y entonces, notó en él un temblor, como si el motor estuviera marchando, aunque no lo había encendido. Separó las manos, todo el vehículo temblaba suavemente. Mirando a la carretera, el profesor vio cómo rodaban sobre el asfalto algunas piedrecitas caídas de las lomas próximas. Luego, todo pasó.

—¡Un movimiento sísmico! ¡Puede que se cierre la sima, o que ellos vuelvan a las profundidades desde donde otra sacudida les ha sacado!

Se sintió dominado por el pánico, Y, al momento, ponía en marcha el vehículo, porque había pensado algo muy importante para él.

—En esta ciudad existirá un corresponsal de agencia de televisión. Y tendrá un video. O quizá en algún comercio... ¡Yo lo encontraré!

En el asiento del vehículo había un viejo sombrero, y se lo puso, confiando en que desfigurase su apariencia. Nada más arrancar, se cruzó con un coche patrulla. Los ocupantes le lanzaron una mirada

despreocupada, él miraba al frente. Los policías no se detuvieron.

Alexander sí se detuvo en otra cabina de teléfonos. Abrió la guía, buscando lo que necesitaba. Estaba muy impaciente, el tiempo apremiaba, así que decidió arriesgarse y, como tenía monedas, llamó al periódico local.

Una telefonista muy charlatana le dijo todo lo que él quería saber. Y le dio un nombre: Peter Dameron.

* * *

El jefe Burns, que había sido llamado por sus hombres fuera del remolque, volvió, haciéndole una seña a Miller, para que saliera.

Steve Miller hablaba con Lorie y con Leo Sloan. Y observaba continuamente al segundo. Varias veces quiso ver su mano herida. Y en uno de los exámenes, procuró ponerla en la oscuridad.

Leo advirtió su interés, comprendiendo.

—¿Qué espera? ¿Ver los huesos de mi mano en la oscuridad?

Miller sonrió, mientras Leo insistía:

—Es usted demasiado listo para ser un abogado de pueblo. Sí, merece que le diga lo que pienso: No sabemos cómo sufrieron Bruce y Alexander esa especie de contagio, pero tal vez el profesor pudiera transmitir su mutación por contacto.

—Y en ese caso... —murmuró Miller.

—En ese caso, amigo mío, me convertiré también en un acumulador humano y, posiblemente, acabaré consumido por mi propia energía.

—Seamos optimistas. Yo... le pediría que no le permita a ella permanecer mucho con usted, hasta que pase algún tiempo.

Señalaba a Lorie, que en otro extremo del remolque preparaba café. La joven estaba muy pálida.

—Sí, gracias por el consejo. Estoy de acuerdo; ella debe quedar fuera de este espanto...

Fue entonces cuando Burns llamó al abogado. Cogiéndole por los hombros, se alejó con él por la llanura.

—Es preciso encontrarle, cuanto antes, Miller. Ha matado al dueño de una gasolinera. La viuda ha sido testigo. Esa mujer vio en la oscuridad, dice que era como un esqueleto envuelto en fuego, pero que, después, a la luz, estaba normal. Cuando le hemos preguntado si podía ser el Alexander de la televisión, le ha recordado. Parece que solamente sujetó al hombre y luego debió golpearle con una fuerza terrible, reventándole contra el muro. Lo siento, pero no podemos correr más riesgos, mis hombres van a disparar si le ven, a menos que él se deje atrapar y siempre a plena luz.

—No se lo digas a ellos... —dijo Miller, mirando hacia el remolque—. ¿Dónde puede estar? ¿Tienes alguna idea?

—Se puso en contacto telefónico con el tipo de su Empresa en Helena, pretendía que viniera en avión, con un equipo de televisión de esos que graban las imágenes y las retienen...

Miller murmuró:

—¡Quiere volver a la sima, está claro! ¡Es inaudito, después de lo que vimos allí, de su terrible transformación! ¡Alexander solo piensa en hacer un gran reportaje, aunque sabe muy bien que seguramente no vivirá para gozar de su éxito! ¡Observemos cómo un falsario puede ser en realidad un hombre con auténtica curiosidad y vocación científica! Seguramente Alexander habría hecho algo importante de no ser tan apuesto y espectacular, de no haberse convertido en una estrella...

—Pero se le estropearon las fotografías que tomó. Y si vuelve a intentarlo...

—Conserva la inteligencia, eso es evidente. Jefe. Un “video” no usa emulsiones químicas, quizá la energía de esos seres no le afecta, o quizá sí. Él va a intentarlo.

—No, no lo intentará, porque el tipo de Helena no va a venir...

Miller contestó, pensativo:

—Entonces buscará los aparatos aquí mismo.

—¿Aquí?

—¿Por qué no? Ahora son comunes. Los compran aficionados para graba: programas en sus casas, y conservarlos. Con una cámara de circuito cerrado y una batería, puede montarse fácilmente. Y si alguna empresa de televisión tiene aquí corresponsal, seguramente dispondrá de ese equipo.

Burns se apresuró a decir:

—Solo conozco a un chico que envía noticias a una agencia de televisión. Pero supuse que las filmaba. Se llama Peter Dameron.

* * *

En la terrible oscuridad subterránea, en la absoluta negrura del interior de la tierra, un ruido sordo se había producido. Un ruido parecido al de un lejano trueno.

Las galerías formadas entre capas de roca, algunas ocupadas por fósiles de antiguas materias orgánicas, por gases en constante expansión, por materias bituminosas que los habitantes de la superficie buscaban desesperadamente como combustibles, las rocas se desplazaban en planos inclinados, o eran despedidas como enormes proyectiles. Y todo cambiaba de forma en unos segundos, mientras corrientes de aguas subterráneas, algunas de ellas hirvientes, buscaban nuevos cauces, rugían en la negrura.

Aquel cataclismo, que en la superficie se llamaba movimiento sísmico, no era insólito para los habitantes del subsuelo. En algunas repisas rocosas

esperaban algunas de aquellas moles pétreas. A intervalos regulares, se hacían visibles gracias al resplandor rojizo que acompañaba a su respiración. Entre el fragor de las rocas, desplazándose, por sobre los estallidos y el ruido de los torrentes subterráneos, se oía al poderoso jadeo. De un modo natural, aspiraban el caliente aire todos al mismo tiempo, por ese motivo el ruido era grande, ansioso, como producido por un gigantesco fuelle.

De vez en cuando, alguno era atrapado por un derrumbe, se perdía en las profundidades, con un sonido distinto, que era en realidad un grito.

Su luz se iba alejando, haciéndose más débil, hasta que cesaba, y los restos del monstruo se mezclaban con las piedras, desmoronado como en finas lastras de pizarra.

Había un grupo en una oquedad, al pie de la cual se deslizaba un río de agua hirviendo. Permanecían quietos, como otras rocas más. Apenas se movían. La lastra entera sobre la que se encontraban, estaba deslizándose, ascendiendo, empujada por los movimientos próximos.

Se produjo un estallido más violento y a lo lejos apareció una luz brillante, blanquísima. Luego, todo cesó.

Los seres minerales, sin vista ni oído, advirtieron una presencia extraña, la de un aire fresco que llegaba de su derecha. Abrieron las descomunales bocas que solo les servían para aspirar el enrarecido oxígeno de las profundidades, que eran como las inmensas bocas de los peces abismales.

Su resplandor se hizo más brillante, porque aspiraban con mayor intensidad. Y, lentamente, se fueron moviendo hacia aquella fuente de nuevo oxígeno que les atraía.

Fueron moviéndose en grupo, con ruidos secos, cuando se golpeaban entre ellos con destellos producidos por las descargas de energía que se desprendían cuando rozaban algunas rocas determinadas. Con el jadeo monstruoso de sus grandes bocas, siempre abiertas...

El aire fresco penetraba por una abertura que el movimiento sísmico había abierto en el costado de una hondonada, en cuyo fondo crecían los espinos. Arriba se extendía la llanura. Un poco más lejos, se encontraban los remolques y barracas del campamento de los naturalistas.

Los seres minerales empezaron a salir al exterior, a la luz que no veían, al aire libre, por primera vez en muchos millones de años, desde que otro cataclismo sepultara a sus antepasados.

Salieron torpemente, cuando la luz les envolvía, dejaba de verse su resplandor, eran solo moles de piedra pizarrosa gris. ¡Pero eran moles que se movían, que respiraban estremeciendo las finas y brillantes láminas que cubrían sus articulaciones, que rodeaban la hendidura de la cabeza!

Cuando las mazas en que terminaban sus brazos rozaban determinadas piedras, se producía un leve chispazo y las piedras se pulverizaban tras un

estallido.

Los habitantes del subsuelo se movían con gran lentitud. En la hondonada, el ruido producido por sus grandes bocas era como el zumbido de un descomunal motor.

Algunos de ellos empezaron a ascender penosamente hacia la llanura, atraídos por el calor del sol.

* * *

Peter Dameron, el corresponsal de noticias en la ciudad, había pasado una noche muy agitada. Después de enviar a sus jefes bastante material sobre lo sucedido con el espeleólogo y todo lo demás, aunque, desde luego, no pudo enterarse de lo sucedido realmente, encontró a un viejo amigo que había conocido a dos chicas, abandonadas a su suerte en la ciudad por un agente artístico, y ambos decidieron protegerlas, llevados de su natural generosidad y sin considerar que se trataba de dos auténticas preciosidades.

El afán de protección terminó al amanecer, y Dameron, con una resaca muy considerable, se fue a su oficina, para estar cerca del “télex” por si recibía comunicación de sus jefes.

Tumbado en un diván, con un terrible dolor de cabeza, y un vaso con magnesia en el suelo, Dameron decidió no atender más llamadas que las del “télex”. Por esa razón, cuando sonó el teléfono, no le hizo el menor caso, ni siquiera cuando le llamaron por segunda vez, ni tampoco la tercera.

Encogiéndose de hombros, Dameron terminó por propinar un puntapié al teléfono y se dispuso a tratar de dormir. Pero no iba a conseguirlo.

Le sobresaltó un ruido anormal, que sonaba al otro lado de su puerta. Pensó en el motor del elevador, o en alguien que estuviera usando una aspiradora en el corredor. Pero no; aquello era distinto.

—¡Diablo, parece que un oso está jadeando ante la puerta!

Parpadeó de prisa, bebiendo de un trago el repugnante contenido del vaso. Mas él el ruido no se marchaba por eso. Dameron rio.

—Será un oso. ¡Estamos en Montana, diablos; algún oso de los parques nacionales querrá recibir nuestro Boletín de noticias...!

Decidió no moverse. Miraba tranquilo la puerta, tenía un pasador de acero y una gruesa cadena, y él no estaba dispuesto a abrir a nadie, ni siquiera a un oso. Solo existía para sus jefes a través del “télex” y ello porque no quería suicidarse económicamente.

Seguía mirando a la puerta cuando, de pronto vio algo asombroso. El grueso pasador de acero estaba curvándose, sin ruido, lentamente. Estaba doblándose sin violencia, mientras la puerta empezaba a abrirse.

—¡Vaya una resaca! —se dijo, tratando de beber las últimas gotas del vaso.

La puerta se abrió, el cerrojo había cedido. El joven miraba fascinado cómo la cadena iba soltándose con la misma facilidad. Y la respiración ruidosa seguía oyéndose. Dameron se sentó en el diván, mientras la puerta se abría del todo.

Entonces miró al hombre, alto, mal vestido, que estaba en el pasillo. Le reconoció, pese a la resaca.

—¡Usted es Alexander! ¿Qué le ha sucedido? ¿Qué le pasa con la respiración...? Dígame primero cómo ha abierto esta puerta está hecha a prueba de acreedores. Ahora en serio, profesor, me dijeron que había usted sufrido algo así como un accidente en esa sima...

Alexander había penetrado en el despacho, y miraba el teléfono tirado en el suelo.

—¿Peter Dameron? —preguntó.

—No soy Levinstone, desde luego. ¡No me diga que una estrella de la televisión necesita a un humilde corresponsal de pueblo!

—¿Tiene usted un equipo para grabar imagen, con autonomía, quizá una cámara pequeña, con posibilidad de enviar imagen a cierta distancia y registrarla?

—Lo tengo, pero no es mío. ¿Es que le han dejado en el aire? Me hablaron de algunas dificultades con su programa...

—Le ofrezco la gloria, joven, la fama, la posibilidad de convertirse en el profesional más importante del mundo...

—Lo siento, no soy ambicioso y tengo además una resaca de caballo.

—¡No sea necio! ¡Dispongo de la información más sensacional y necesito a un operador que venga a tomarla, déjese de chistes de redacción, esto es muy serio! ¡Supondría la fama para usted y para mí!

—¡Usted ya es muy famoso, Alexander!

—¡Basura! ¡Esto es auténtico, nada de trucos, muchacho, quiero que baje conmigo a la sima de las rocas negras, abajo hay algo fantástico, yo le he visto, necesito filmarlo, no puedo utilizar fotografías!

Dameron empezaba a despejarse.

—¿Qué es lo que dice que hay? ¡Déjeme llamar a mis jefes, no puedo hacer nada sin órdenes!

Se puso en pie, acercándose al “télex”. Pero Alexander se adelantó y, de un manotazo, al parecer no muy fuerte, destrozó toda la parte superior del aparato.

Dameron le miraba ahora con asombro y temor. Ya nada quedaba brumoso en su cerebro. Susurró:

—¡Pero...! ¡Lo ha destrozado! ¿Qué tiene usted en las mano, profesor?

—¡Dese prisa! ¡Vamos!

Dameron estaba muy pálido. Se mojaba los labios, y miraba a Alexander con auténtico recelo.

—¿Qué es lo que hay en esa sima? ¡No me moveré si no me lo dice!

—¡Maldita sea! ¡Ya lo verá! ¡Hay habitantes, seres de constitución mineral, gigantes de piedra con energía radiactiva! ¡Algo sensacional que nadie ha visto antes! ¿Es bastante para poner en marcha su curiosidad profesional?

—¡Gigantes de piedra... sí, claro, algo fantástico! —dijo Dameron.

Estaba recordando lo que había oído, rumores sobre una misteriosa enfermedad de Alexander, que había provocado la suspensión de los programas. Un enfermedad... No habían hablado de locura, pero el profesor estaba loco, peligrosamente loco...

—¡Dese prisa, joven! ¡Me están buscando, tenemos que conseguir, antes de que me atrapen!

—Muy bien. Espere, no se mueva...

Alexander se volvió un poco y Dameron se lanzó velozmente hacia la puerta, dispuesto a huir.

Estaba ya en el hueco, cuando Alexander, dándose cuenta de su intento de fuga, alargó el brazo, sujetando la puerta. Entonces la hizo girar, con terrible fuerza.

La madera alcanzó a Dameron, tirándole al suelo. Con medio cuerpo en el corredor, el joven quiso levantarse. Pero Alexander le cogió por un tobillo, arrastrándole de nuevo al interior.

Dameron se sintió ahora dominado por el pánico. Iba a gritar, de un modo irracional, porque aquel hombre de extraña mirada, y que continuaba respirando de modo brutal, le aterrorizaba francamente.

Abrió la boca, mientras trataba de levantarse. Alexander le había ya soltado el pie.

Cuando Dameron iniciaba el grito, Alexander le puso una mano sobre la boca, con fuerza. Solo pretendía acallarle, pero la cabeza de Dameron fue impulsada hacia atrás con violencia. Entonces se produjo un leve ruido. El cuello acababa de quebrarse. Cuando Alexander soltó a Dameron, el joven quedó quieto, en el suelo, con la cabeza ladeada y los ojos abiertos, como si contemplaran algo muy espantoso.

El naturalista le agitó varias veces, sin comprender.

—No estoy en la oscuridad, no he podido matarle... —se decía.

Pero se olvidó de Dameron muy pronto. Tenía que encontrar los aparatos.

Estaban en un gran estuche, completamente montados, y con muchos metros de cable. Alexander accionó unos mandos, y todas las luces se pusieron verdes. Podía usarse.

CAPITULO 9

E

El jefe Burns se sentía desbordado por los acontecimientos, y esto le desesperaba. Desde que comenzara el maldito asunto de Alexander, siempre llegaba tarde. Siempre demasiado tarde.

Cuando Peter Dameron no contestó a sus llamadas telefónicas pretendía advertir al joven de que podía recibir una desagradable visita, Burns montó en su coche y se fue a verle en persona.

Naturalmente, llegó tarde. Ya unos vecinos habían encontrado el cadáver del periodista y estaban murmurando sobre la alocada forma de vida del joven y el final que siempre tenían quienes vivían como él.

Burns, pegado al teléfono del pasillo, llamó a su despacho, para que la operadora diera aviso a todos los coches y también al personal, incluidos los de oficina.

—¡Quiero verles a todos en la llanura, cuanto antes! ¡Es urgente!

También avisó a los coches que había dejado en la explanada y después, por el radio de uno de ellos, pudo avisar a Gray y a Miller de lo que sucedía.

—Alexander trata de bajar de nuevo a la sima, tal como suponíamos. Tiene ya esos aparatos, creo que los ha encontrado aquí, alguien le ha visto cargar en la furgoneta una gran maleta.

Miller preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Jefe?

—Lo primero, cegar esa sima, terminar con la atracción que parece ejercer sobre Alexander; voy a enviar una máquina para que la llenen de rocas y la vuelvan a su anterior estado.

—Bien. Pero si haces eso, dejarás en la sombra un gran misterio científico, Burns.

—¿Y no es preferible? ¿Quieres acaso un pánico o una gran hecatombe?

—Es posible que tengas razón. Hablaré con Leo y con Lorie. Ellos quizá puedan contener a Alexander, si aparece por aquí.

—Sí, pero andad con mucho cuidado. Todo indica que está dotado ahora de una fuerza extraordinaria. Y sin duda ha enloquecido. Trataré de llegar cuanto antes con esa máquina. Ya sabes que no son muy rápidas...

Steve Miller y Gray se fueron a hablar con Lorie y Leo. Este último se encontraba bien y, al parecer, no sufría alteración alguna a causa de la quemadura. Era indudable que Lorie estaba experimentando un curioso cambio con respecto a él.

Ella había amado a Alexander no solo por su apariencia, no era una chica necia, sino por su talento, por su personalidad.

Y ahora iba poco a poco descubriendo que las palabras de Alexander, que tantas veces la habían maravillado, eran en verdad de Leo. Que las ideas de Alexander, tan brillantes, e incluso geniales, eran ideas de Leo. En fin, que en realidad, Alexander había sido solamente un portavoz de la personalidad de Leo Sloan.

Y, en consecuencia, Lorie estaba empezando, casi sin darse cuenta, a transferir su amor de Alexander a Leo, porque, en cierta manera, a quién ella había amado siempre había sido a Leo Sloan.

El naturalista parecía tan entusiasmado por aquel milagro, que casi olvidaba todo lo demás, y, entre otras cosas, la terrible realidad que se escondía bajo ellos, y a la que habría que enfrentarse muy pronto.

Miller les dijo lo que sucedía.

—Creemos que Alexander vendrá. Y no sabemos si será posible detenerlo de un modo pacífico, es una fuerza incontrolada. Burns cree que ustedes quizá podrían...

Lorie comprendió, estremeciéndose.

—¡Van a matarle! ¡Oh, no, no lo hagan, dígales que no disparen sobre él! Leo y yo le pediremos que se entregue, que se someta a los médicos...

—Sí, pero, por desgracia, Alexander destruye cuanto toca. De modo que lo tendrían que convencer a distancia.

Mientras hablaban, estaban llegando a la explanada algunos coches patrulla, y otros que no lo eran. Hombres armados que solo conseguirían espantar a Alexander, y no cazarle.

En el centro, el siniestro grupo de negras rocas parecía el cebo para la caza. Quedaban en torno a ellas algunas poleas del equipo de espeleología y cajas de material.

Miller, sentado en uno de los coches, contemplaba las piedras. Recordaba lo que había bajo ellas. ¿Habría sido una ilusión, una especie de sugestión múltiple?

Alexander no aparecía. Si conservaba su astucia, no lo intentaría ante aquel alarde de vigilancia. Al fin se oyó un fuerte trepidar y apareció una enorme máquina de trabajo, una gigantesca excavadora. En ella venía, con el operador, el jefe Burns.

Todos los vigilantes seguían la lenta evolución de la máquina que entró en la explanada, girando lentamente para detenerse al fin junto al campamento. Desde lo alto de la cabina, Burns preguntó:

—¿Le habéis visto?

—No.

—Pues esto será el final para las intenciones de Alexander. Confío en que se rinda. Vamos, muchacho. ¡Esas son las rocas! ¡Hay una abertura entre ellas, tenemos que cegarla!

El mecánico asintió. La gran máquina empezaba ya a rodar sobre sus anchas cadenas, dirigiéndose rectamente hacia las piedras.

Miller contenía el aliento. Le parecía que aquellas negras rocas tenían también alguna clase de vida. La máquina se acercaba a ellas, y la enorme pala empezó a alzarse un poco, colocando sus grandes dientes en posición de golpear.

Leo y Lorie también miraban la operación. La máquina estaba ya junto a las rocas. Se detuvo un poco, y el motor aumentó su ruido. La pala inició un pequeño retroceso, y después asentó el primer golpe a las rocas.

Brotaron chispas, hubo un gran estrépito, y una de las piedras se ladeó. La máquina ya atacaba de nuevo. Parecía un duelo. El segundo golpe produjo un desmoronamiento de las piedras.

Todos veían a Burns señalando el lugar a golpear.

La máquina retrocedía, para conseguir mayor impulso. La gran pala golpeaba sin cesar. Poco a poco el montículo de piedras se iba desmoronando, pero luego, algunas fueron quedando atravesadas y sobre ellas cayeron toneladas de nuevas piedras, de tierra, que, inexorablemente, fueron cegando la sima.

Sloan suspiró, con alivio.

—No sucedió nada. Temía... no sé, que ellos se opusieran a ser de nuevo enterrados...

—Creo que la pesadilla ha terminado. Realmente... ¿Cuántos misterios permanecerán ignorados bajo nosotros y sobre nosotros? —dijo Miller.

La máquina retrocedía. Había terminado su trabajo. Luego, la pala descendió, apoyándose en el suelo, mientras el gran motor enmudecía. Burns saltó al suelo, muy sonriente, acercándose al campamento.

—Arreglado. Ya nadie podrá descender a esa sima.

Los policías volvieron a su vigilancia, y el silencio se hizo en la explanada. Burns dijo que aceptaría un poco de café, y Lorie se dispuso a entrar en el remolque para prepararlo. Entonces, el mecánico de la excavadora, que se estaba despojando de los grandes guantes de cuero, preguntó, con curiosidad.

—¿Y qué demonios es ese ruido que se oye ahora? ¿Hay otra máquina de trabajo por aquí, jefe?

Burns dejó de sonreír, gruñendo al preguntar:

—¿Qué ruido?

—¡Diablo! ¡El que parece llegar de aquel lado! ¿No está por ahí la hondonada, el cañón del que se extrajo cobre a cielo abierto hace muchos años?

Todos miraron en la dirección que el mecánico indicaba. La explanada terminaba por allí en algunas piedras no muy grandes. Aún se notaban marcas de viejos rieles de la mina de cobre.

Dada la profundidad de la hondonada, Burns no había dispuesto vigilancia por aquel lado.

Y, efectivamente, de allí provenía el ruido. Un sonido muy determinado, que iba aumentando poco a poco, que se iba aproximando despacio.

Leo Sloan fue el primero en identificarlo, Miró a Miller, como para pedir confirmación.

—¡Dios! ¡Es...!

Era un jadeo, un resuello poderoso, algo como animal. Se extinguía, y volvía al momento, siempre con el mismo ritmo. Miller se sintió dominado por un frío helado, su rostro se cubrió de sudor. El jefe Burns les miraba, alarmado.

—Pero... —dijo—. ¿Es acaso él, Alexander, que viene por la hondonada?

Miller susurró, tragando saliva.

—No, me temo que no... Es... algo mucho peor, jefe.

Burns sacó su revólver mascullando palabrotas. Había olvidado la presencia de Lorie.

—Entonces... —amenazó.

El mecánico dijo, muy tranquilo:

—No es un motor, desde luego. Parece la respiración de un animal, muy amplificada. ¿De qué se trata? Oigan, ¿nadie va a decírmelo? Desde luego, viene de la mina y está acercándose. Yo diría que ese bicho descende por la ladera de la hondonada. Pues no es nada fácil subir por ahí...

—¡Cállese! —dijo Burns, muy nervioso.

El sonido era tan intenso, que incluso los vigilantes del otro lado de la explanada, y los de la carretera, lo oían. Todos miraban hacia la hondonada. Leo Sloan, que parecía desconcertado, fue quien anunció a media voz:

—Creo que... están ya ahí...

Entre las piedras del borde, algo empezaba a moverse. Algo cada vez más visible, de mayor volumen. Lorie dijo, asombrada:

—¡Pero... son piedras, están moviéndose unas piedras! ¡Están alzándose! ¡Es horrible, Leo! ¡Es horrible!

Lanzó un grito. En la carretera alguien más estaba gritando. Un coche puso el motor en marcha. Burns se volvió, rugiendo.

—¡Paren ese coche! ¡Si alguien trata de abandonar esto, disparen sobre él! ¡Maldita sea, no quiero pánico! ¡Que nadie se mueva, pase lo que pase, mataré al cobarde que se mueva! ¿Han oído?

El ruido del coche cesó, alguien había quitado la llave del encendido. Miller dijo:

—Son ellos, Leo... El movimiento sísmico, habrá abierto otra brecha. Acabamos de tapar esa sima, pero hay otra comunicación abierta con su mundo. Y esta vez han salido a la superficie. Son ellos...

El jadeo parecía envolverles a todos, les ensordecía, se fundía con el latir de sus corazones. Y, tras de la fila de pequeñas piedras, otras mayores, muy grises, empezaban a alzarse, a tomar una forma vagamente humana...

CAPITULO 10

E

RAN diez, doce, quizá alguno más, porque cuando se movían, parecían confundirse unos con otros. Iban poco a poco elevándose, conforme ascendían por el último tramo de la ladera.

A aquella distancia, solo parecían bloques de piedra, con algo parecido a forma humana, algo así como figuras ejecutadas por un escultor ligeramente figurativo.

El grupo que estaba con el Jefe Burns, que eran quienes se encontraban más próximos a la hondonada, no decía nada, no hablaba, no se miraba siquiera.

Todos observaban las grises piedras dotadas de movimiento. Ya estaban en pie. Burns murmuró:

—Son muy altos... es imposible, pero estoy viéndolo y debo aceptarlo, han debido salir del mismo infierno, y eso que se mueve sobre ellos debe ser la cabeza...

—Recuerdan a un hombre, sí —dijo Miller—. Un hombre hecho de sustancias minerales y que, sin embargo, también necesita de oxígeno; ese terrible ruido es su respiración...

Los extraños seres se habían detenido en el borde, moviéndose a un lado y a otro. Alzaban sus brazos, y cuando lo hacían se producían como descargas eléctricas, y alguna piedra se pulverizaba con un pequeño estallido.

Uno de los hombres del camino gritó, desesperado por el pánico:

—¡Son monstruos! ¡Os digo que son monstruos, y nos matarán! ¡No quedará nadie!

El mismo hombre disparó su carabina. Todos oyeron el silbido, y luego la detonación. Burns rugió:

—¡No disparen! ¡Malditos locos, no disparéis!

Los seres eran exactamente catorce y, después de unos momentos de espera, estaban moviéndose en la misma dirección.

¡Avanzaban hacia el campamento, hacia el pequeño grupo que estaba

junto al remolque!

Lorie gimió, a punto de desvanecerse. Ahora podían distinguir las deformes cabezas, ciegas, sordas, la gran abertura que se abría y cerraba con ansiedad, produciendo el espantoso jadeo.

Leo Sloan murmuró:

—No ven ni oyen, pero les atrae seguramente nuestro calor, o nuestras radiaciones. Es terrible, miren cuando mueven la cabeza, la luz destapa algo así como facciones, las cuencas donde hubo ojos, el abultamiento de la nariz... Ha sido una mutación producida a través de miles de años, pero sin duda esos seres procedían de una especie casi humana...

Los hombres minerales continuaban moviéndose. Arrastraban las pesadas bases sobre las que se sustentaban, agitaban los brazos y los muñones en que terminaban chocaban a veces con sus compañeros, y despedían destellos rojizos.

—¿Qué hacemos? —dijo agitado Burns—. ¡Van a llegar a destruirnos!

Leo Sloan se había metido en el remolque. Salió de él con un tomavistas. Ya había fracasado Alexander en la sima. Pero confiaba en que, a aquella distancia y al aire libre... Leo pulsó el motor, se oyó el runruneo de la filmadora y, luego, empezó a brotar un humo blanco por las rendijas del aparato.

—¡Es inútil! ¡Ya estamos recibiendo sus radiaciones, es posible que nos estemos contaminando! —dijo Sloan, excitadísimo.

El jefe Burns ya había soportado bastante. Así que se volvió hacia sus hombres, ordenando con rabia:

—¡Fuego! ¡Disparen sobre ellos! ¡Rápido!

Los hombres estaban deseando hacerlo. Tenían ya los dedos sobre los gatillos. De modo que la descarga fue inmediata y terrible.

Sloan gritaba pidiendo que cesara el fuego. Las balas silbaban siniestramente cerca del campamento, y aunque las manos que habían disparado las armas estaban muy nerviosas, la mayor parte de los proyectiles dieran en sus blancos.

Miller había cogido unos grandes prismáticos que colgaban del interior de la puerta del remolque. Y pudo ver con toda claridad cómo de las moles pétreas que avanzaban hacia ellos se desprendían pequeñas esquirlas.

Pero ni siquiera el ritmo de su jadeo se alteró. Indudablemente las balas eran inofensivas contra ellos.

El ruido que producían era ahora muy intenso. Los vigilantes volvían a disparar. Un grupo se había corrido hacia un lado, para no tener los remolques en el campo de tiro, y disparaban con furia sobre los monstruos.

Se oían gritos, maldiciones, exclamaciones de horror. Los catorce habitantes de las entrañas de la tierra se empezaron a desviar en su marcha, porque habían sido atraídos por el calor desprendido por el grupo de

vigilantes y, sin duda también por el motor de sus dos coches, más próximos a ellos ahora que el campamento.

Miller le dijo a Burns:

—¡Harían falta redes de acero! ¡Algo que pueda detenerlos!

—¡Es imposible detener a esos monstruos! ¡Es imposible!

Gray gritó a los vigilantes que disparaban desde un lado:

—¡Váyanse de ahí! ¡Deprisa!

Ellos se metieron en los dos coches, precipitadamente, incluso dejando sus armas en el suelo, y pusieron sus vehículos en marcha. Los coches rugieron. Uno de ellos pareció saltar, en un acelerón brutal, golpeando al otro. Sus defensas se enredaron. Los conductores, medio locos de pánico, se obstinaban en querer avanzar de cualquier modo, incrustando más los coches.

Miller dijo:

—¡Les van a alcanzar! ¡Es horroroso!

Lorie se volvió, refugiándose espantada entre los brazos de Leo. Ahora, todos estaban en silencio, ya nadie disparaba. Se oía con toda nitidez el jadeo de los monstruos y el rugido de los motores de los coches.

El primero de los habitantes del subsuelo llegó junto a uno de los coches, tropezando contra él. Sonó el ruido de la chapa al hundirse. Luego, el ser movió un brazo, hubo otro golpe... había destrozado una portezuela. Los hombres chillaban.

El ruido de los motores parecía animal. Era como un largo lamento. Ya todos los hombres pétreos rodeaban los vehículos. De pronto, uno de los coches estalló, como alcanzado por una descarga eléctrica. Fue un estallido violento, el vehículo se vio al momento envuelto en altas llamas.

Los gritos de los hombres atrapados en el coche eran terribles. Burns dijo, desesperado:

—¡Maldita sea, voy a sacarlos de ahí!

Gray le sujetó por un brazo, murmurando:

—Ya es tarde. Solo conseguiría morir también.

El otro coche se había soltado de la defensa que lo sujetaba y sus ocupantes intentaron escapar con él. Dieron marcha atrás, pero tropezaron con los hombres pétreos y la cola del vehículo se hundió. Luego, los extraños seres rodearon el coche.

Desde el campamento todos vieron cómo se movían sus brazos, se alzaban como mazas. Oían los gritos de los hombres, los ruidos de las chapas al hundirse, el crujir de los cristales que saltaban.

Después se produjo el contacto, y la gasolina se derramó ardiendo. Las llamas, esta vez, envolvieron también a los hombres de piedra.

Habían cesado los gritos de los ocupantes del coche. Los monstruos pétreos se separaron, la gasolina ardía sobre ellos pero no parecían

advertirlo. Daban vueltas, desorientados.

Sloan cerró los ojos, diciendo:

—El calor del fuego les desorienta... Pero será por unos instantes. Por lo demás, el fuego no les afecta.

Burns rugía:

—¡Tenemos que hacer algo! ¡Usted es un científico, díganos lo que podemos hacer para acabar con ellos! ¡Nos destruirán a todos, arrasarán la ciudad! ¡Dios mío! ¿Cuántos pueden haber bajo nosotros, cuántos podrán salir aún?

—Lo siento, jefe —contestó Sloan—. Solo puedo aconsejarle que retire toda esta gente antes de que haya más muertos, y que pida ayuda.

—Quizá... explosivos —aventuró Miller.

Se miraron. Explosivos. Pese al horror de la situación, todos ellos sentían repugnancia en destruir a aquellos seres asombrosos, desconocidos.

—Suponiendo que de algún modo no anulen también los explosivos —gruñó Burns.

—Han dejado de arder —anunció Gray—, y ahora vienen de nuevo hacia nosotros.

Las moles minerales se acercaban, abriendo y cerrando las enormes bocas. No miraban a nadie, porque carecían de ojos, pero todos los miembros del grupo que estaba junto al remolque, tenían la impresión de que les observaban.

Con una mirada fría y húmeda, salida de las profundidades de la tierra. Y según se acercaban, podían distinguir mejor su aspecto, la tosca movilidad de sus articulaciones, la negrura del interior de la cabeza, que se vislumbraba cuando aspiraban el aire, o la parte del aire que ellos necesitaban... El horror se hacía por momentos más insoportable.

—Voy a pedir esos explosivos —murmuró Burns, sin moverse.

Porque todos ellos parecían clavados en el suelo. Ahora oían, además del resuello de los catorce monstruos, el siniestro ruido producido al arrastrar sus pies sobre el suelo. De vez en cuando, una piedra era pulverizada a su contacto. Entonces, se producía un estallido y la piedra se convertía en polvo.

—Es una barbaridad —dijo Leo, en el mismo tono—. El mundo entero debería conocer esto. Son habitantes de nuestro mismo planeta, no sé si tenemos realmente derecho a destruirlos.

—No sea optimista, Leo —sonrió Miller—. Querrá decir que no sabe si tenemos derecho a intentar destruirlos. Yo dudo que algo pueda detener estas moles.

—Tienen rostro —dijo Gray—. Como borrado, como el de esas esculturas antiguas que las inclemencias del tiempo han difuminado. Pero se aprecian sus facciones, dense cuenta.

Era una situación increíble. El grupo entero parecía subyugado, ganado por la curiosidad científica.

¡Y los monstruos minerales ya estaban muy cerca! ¡Ya su sonido les envolvía! ¡Era aquel sonido rítmico lo que estaba aturdiéndoles mareándoles!

Lorie lanzó un grito, asustada cuando una de aquellas manos, apenas apuntadas en la forma, iba casi a rozarla.

Leo tiró de ella y el grupo entero, despertando de la fascinación, retrocedió, rápidamente, alejándose de los monstruos.

Ellos tropezaron con el remolque, hundiendo el aluminio de que estaba construido. Uno de ellos quería continuar a través de él; los demás rodearon el vehículo. Miller susurró:

—¡Vámonos, trataremos que detenerlos en otro lado, si es posible! ¡Desde el coche podrá pedir los explosivos, jefe!

Burns asintió. En realidad, su sentido del deber lo mantenía allí, pero estaba deseando cualquier disculpa razonada para alejarse de aquel auténtico infierno.

Se volvieron todos, para dirigirse hacia algún coche. Entonces vieron a Alexander, que les apuntaba con una carabina de las dejadas por los vigilantes junto a sus vehículos.

Alexander había llegado en silencio, sin ser visto por nadie, cuando todos estaban pendientes de lo que ocurrió en la hondonada. Su vieja furgoneta había rodado en punto muerto durante la última parte del camino. Pudo así descender con su gran maleta, colocarla sobre una piedra, y abrirla.

También pudo tomar la carabina. Y cuando el grupo de Burns iba a retirarse, se puso ante ellos, apuntando al policía con el arma.

—Nada de explosivos, Jefe —dijo, amenazador.

Alexander estaba demacrado, desconocido. Las viejas ropas que vestía, su expresión crispada, su pelo revuelto... No se parecía en nada al Alexander brillante. Su gesto ampuloso, su estudiada postura en perfil tres cuartos, había desaparecido.

—Soy buen tirador jefe —dijo—. Le volaré la cabeza si va a pedir esos explosivos. Es usted tan solo un vulgar policía, sin el menor interés científico. ¡Destruir mi descubrimiento! No se muevan. Tú, Leo, si de verdad no eres tan solo un jornalero de la ciencia, si tienes el menor valor, ven a ayudarme. Tu manejarás la cámara, y yo el micrófono. ¡Es la gran oportunidad! ¡Pase lo que pase, dejaremos pruebas de este momento maravilloso!

Leo Sloan se puso rojo. Lorie le decía, asustada:

—¡No, no vayas con él, te matará!

Leo miró a los monstruos minerales. Habían rodeado el remolque y lo

golpeaban, como sorprendidos por su presencia.

—Realmente... —se oyó murmurar a Sloan.

—¡Leo! —gritó Alexander—. ¡Dispararé sobre ti si no vienes!

Leo le miraba, los ojos brillantes.

—No tienes necesidad, Alex... Voy a ayudarte con todo mi interés.

Burns y Miller no se movían. A lo lejos, los demás hombres esperaban, sin intervenir. Alguno de ellos hubiera podido disparar sobre Alexander y derribarlo sin que el profesor tuviera tiempo de apretar el gatillo, pero todos ellos habían perdido su capacidad de decidir.

Alexander se había inclinado, tomando un pequeño micrófono. Miró rápidamente hacia el aparato que estaba en el suelo, comprobando que se hallaba encendida la señal para tomar sonido. Leo Sloan se acercó.

—La cámara. Ya sabes cómo se maneja... Hay buena luz. Confiemos en que la radiación no afecte a su mecanismo electrónico, como afectaba a la capa química de las fotografías.

Leo tomó la cámara. Estaba nervioso. Hizo una comprobación en el aparato para registrar la imagen. Luego sonrió a su jefe.

—¿Quieres iniciar con un plano tuyo?

En otro tiempo, todo habrían sido planos de Alexander. Ahora en cambio, el profesor rugió:

—¡No, imbécil! ¡Esto es importante! ¡Tómalos a ellos! ¡Cuidado con el foco!

Leo se preparó. Alexander abrió el micrófono y con voz ronca, sin énfasis, dijo:

—Les habla Alexander. El hombre que tantas veces ha conseguido entretenerles mezclando la habilidad histriónica con pequeñas dosis de ciencia. Durante años, ustedes han sido fieles a mí llamada, cuando en realidad lo que les ofrecía solía ser casi siempre nada, muy bien envuelto. Les he engañado, les he mentado a medias, les he ofrecido pruebas falsificadas. ¡Pero esta vez no voy a defraudarles, porque van a presenciar algo insólito, voy a desvelar para ustedes el misterio más sorprendente, la imagen y el sonido de unos seres que, como nosotros mismos, viven en este planeta desde hace miles de años y de los cuales jamás hubo conocimiento! ¡Los hijos del cataclismo, aquellos que en tiempos de formación de nuestro planeta fueron condenados a vivir en la oscuridad! ¡Por favor, cierren los ojos si son muy impresionables y déjense preparar por quienes les acompañen! ¡Ahora!

Leo Sloan dirigió el objetivo de la cámara hacia los seres pétreos. Estaba completamente entregado. Alexander cerró el micrófono, ordenándole.

—¡Más cerca, Leo!

Dieron unos pasos. Los monstruosos habitantes de la sima ya se

separaban del abollado remolque y volvían a arrastrar sus pies, a jaderar con fuerza. Alexander hablaba de nuevo por el micrófono.

¡Observen su constitución, se han convertido en fósiles, tuvieron forma humana y generación tras generación, al transformarse en receptores de energías minerales, se han petrificado, perdiendo la vista y el oído! ¡No pueden vernos, sus movimientos se producen a impulsos del calor, de ondas eléctricas!

Los sujetos sometidos a observación avanzaban lentamente hacia el grupo más próximo, que era el de Burns. Pero después debieron percibir más claramente la presencia de Alexander y de Leo, porque se dirigieron hacia ellos.

Leo Sloan parecía entusiasmado. Manteniendo la cámara sobre el hombro con el pequeño soporte de aluminio, contenía el aliento para lograr una imagen más nítida. Alexander continuaba hablando, describiendo a los extraños seres.

—Es preciso hacer algo, Miller —dijo Burns—. Está loco ya no se acuerda de apuntarnos con su carabina...

Alexander tenía la carabina apretada contra el cuerpo, pero, en efecto, había olvidado apuntar con ella al policía. Miller opinó:

—Tendríamos que ponernos ante ellos, espere, confío en que retrocedan cuando los tengan más cerca.

Gray susurró:

—Deme su revólver, jefe, yo puedo alcanzar desde aquí a ese profesor...

—Ya está bien con un trofeo, muchacho —gruñó Burns.

Alexander y Leo iban retrocediendo, mientras tomaban a los hombres pétreos. Leo se movía con dificultad para no perder el foco y, por eso, tropezando en alguna piedra, cayó de pronto al suelo.

Lorie lanzó un grito de alarma y, sin darse cuenta de lo que hacía, corrió hacia Leo. No llegó a su lado, porque él se había levantado al momento, advirtiéndolo:

—¡No, Lorie, apártate! ¡Apártate!

La muchacha se detuvo. De nuevo los habitantes del subsuelo percibieron otra fuente de orientación, porque se desviaron, abandonando la persecución de los dos científicos, para seguir a la muchacha, que ya se apartaba gritando.

Estaba tan asustada, que tropezaba, tambaleándose. Entonces dijo, desesperada:

—¡Alex! ¡Diles que se marchen!

Inconscientemente adjudicaba a Alexander un poder sobre aquellas terribles criaturas que el naturalista parecía considerar suyas. Y Alexander respondió, como si realmente lo fueran.

Soltando el micrófono y el arma, corrió hacia ellas, ornándolas con

poderosa energía:

—¡Basta! ¡Retrocedan! ¡Retrocedan!

Era impresionante contemplar al naturalista enfrentándose con aquellas moles en movimiento. Su proximidad consiguió hacerles variar otra vez la dirección de sus pasos. Ahora todos ellos se dirigieron hacia él, empezando a rodearle.

Alexander continuaba gritándoles. Burns maldecía en voz baja, mientras Alexander retrocedía, sin dejar de mirar a las extrañas criaturas llevándose con él al impetuoso grupo, que seguía, moviendo los brazos.

Miller gritó:

—¡Alexander, no permita que se le acerquen, iremos a buscar explosivos, es preciso destruirlos, compéndalo!

—¡Sí, por desgracia! ¡Pero ahora he conseguido su imagen y su sonido, podré mostrarlo al mundo! ¡Ellos me siguen, me pertenecen! ¿No ve como me siguen? ¡Voy a conducirlos hacia la sima!

Iba hacia el montón de piedras negras. Sonreía, feliz por su poder. Pero aquellas criaturas no le seguían por obediencia, sino para destruirle, y él parecía ignorarlo.

Cerca ya de las piedras, uno de ellos alcanzó a Alexander, golpeándole. Se produjo un chispazo y por un instante, por una fracción de segundo, Alexander se volvió resplandeciente y traslúcido y todos sus huesos se dejaron ver. Gray dijo:

—¡Así estaba aquel hombre del hospital!

Pero Alexander pudo apartarse y recobrar su forma normal. Estaba ya muy cerca de las rocas y entonces Miller recordó:

—¡Oh, si hemos cegado la sima!

Alexander ahora casi corría. Acababa de darse cuenta de cómo la sima había sido cerrada.

Pareció desconcertado. Luego miró a Lorie, inició una sonrisa y rápidamente trepó a lo alto de la enorme máquina excavadora, que había sido usada para derribar las piedras.

Miller murmuró:

—¡Debimos pensar en eso! ¡Dios quiera que lo consiga!

—Esperemos que sepa manejarla, el mecánico que la trajo está allí, con los vigilantes —dijo Burns.

Alexander pudo ponerla en marcha. Pero manejar la enorme pala era más difícil. Las cadenas de las orugas se movieron un poco y el vehículo entero se estremeció. Luego la pala se hundió en la tierra.

—¡No, en el otro sentido! —dijo Burns.

Los habitantes de la sima ya estaban ante la máquina, tropezaron en ella. El grueso acero de la pala empezó a despedir chispas y cuando al fin se alzó un poco, despegándose de la tierra, los enormes dientes brillaron.

Todos los monstruos se habían agrupado ante la pala, tratando de avanzar, de apartarla. La máquina retrocedió bruscamente. La inexperiencia de Alexander producía movimientos violentos. Pero logró avanzar con rapidez, la pala a un metro del suelo.

Se produjo un ruido terrible, la pala había golpeado las figuras de piedra, una fue derribada. Se oyó como un estallido y el humo empezó a brotar de la máquina. La figura derribada quedó bajo la pala, que volvía a embestir.

Era terrible, salieron despedidos algunos fragmentos, varios de los dientes de la pala se había partido y después una de la anchas orugas pasó sobre el caído, se alzó, inclinando peligrosamente toda la máquina.

Una explosión, una lluvia de piedras que salieron despedidas con fuerza.

Inmediatamente toda la máquina pareció ponerse al rojo. ¡Y sobre ella, en la cabina, ya no era un hombre quien movía los mandos, sino un esqueleto envuelto en un halo rojizo, resplandeciente, como de fuego!

La pala se alzaba y volvía a caer, golpeando. Las orugas avanzaron, dejando atrás un montón de pequeñas piedras y de polvo, los rostros de uno de los hombres fósiles.

Los otros retrocedían, pero la torpeza de sus movimientos no les permitía hacerlo con rapidez, tropezaban entre sí, recibiendo una y otra vez los feroces golpes de la pala, ya completamente roja.

El ruido era ensordecedor. Se mezclaban los golpes del acero sobre la piedra, con el jadeo, ahora a ritmo más vivo. Las grandes bocas se abrían y cerraban con desesperación, eran como las boqueadas finales de gigantes peces.

Todos contemplaban con horror la escena. La máquina avanzaba a saltos, pero avanzaba, siempre hacia la grieta. La pala estaba deformándose y toda la máquina humeaba y de un momento a otro iban a arder los motores y el combustible.

El bramido de la excavadora continuaba. Ahora los fósiles estaban siendo arrastrados, la pala ya no podía alzarse y golpear, solo arrastraba lo que tenía ante ella, y en parte lo iba desmoronando.

Fueron unos momentos terribles. La gran máquina humeante llegó a la hondonada, apartando las piedras del borde y se precipitó por ella, con un ruido final que parecía un alarido.

Se oyó como trueno prolongando, después que todo desapareció de la vista de los que estaban en la llanura. Luego una explosión, un humo negro que se alzó, por encima del borde, luego un silencio.

Y sobre él, el jadeo enloquecedor de los habitantes de la sima, que iban decreciendo, disminuyendo, apagándose...

En el fondo de la hondonada, donde muchos años antes los mineros excavaron largos escalones, los restos de la máquina, extrañamente desmenuzados, sin pintura alguna, desperdigados por la última explosión, se mezclaban con grandes piedras. Con piedras grises, como de pizarra, polvo del mismo color y láminas de algo parecido a la mica, formando como duros tejidos.

Y entre los restos metálicos, un cadáver. El cadáver destrozado de Alexander, la estrella de la televisión.

—Nada que pueda recordar esa pesadilla, solo piedras, sin ninguna característica especial, como no sea una alta dosis de radiactividad —dijo Leo Sloan.

Había aconsejado al jefe no permitir a nadie acercarse a las piedras hasta que fueran examinadas por expertos en radiaciones.

—Seguramente será prudente sepultarlas.

—Como se hace con los cadáveres —dijo Miller—. Después de todo, son cadáveres...

—De unos seres que nadie creará que se han movido...

Se llevaron los restos de Alexander. Arriba, Lorie era atendida por Gray, ya libre de toda acusación, aunque esperasen algunas dificultades técnicas para darle forma legal.

Los empleados de Alexander procedían en silencio a recoger lo que quedaba del campamento. Habían recibido todos la misma orden:

—No cuenten lo que han visto aquí. Nadie les creería, se expondrían a acabar en un manicomio. Por su propio interés les conviene guardar silencio. No podemos desear que el público se asuste.

Uno de los hombres dijo:

—Sí, pero... lo grabaron todo con esos aparatos. De modo que si se muestra eso, será inútil que...

Burns le pidió a Leo:

—Explíqueselo.

—Creo que el destino se ha preocupado de nosotros, joven. No hay nada grabado. Ni sonido ni imágenes. Las luces del aparato se encendieron, sí, pero no nos fijamos, por falta de experiencia, en la que anuncia la potencia de la batería. No había suficiente, solo ha quedado un susurro sin significado y una imagen lechosa en el video. Es decir no ha sucedido nada. Un sencillo y lamentable accidente con una máquina excavadora en la que ha perdido la vida nuestro querido Alexander.

Los hombres estaban deseando olvidar, para dormir. Se fueron con sus vehículos. Leo Sloan acompañó a Lorie a su coche. Iba a alejarse de allí, confiaba en que para siempre. Cuando ponía el coche en marcha, oyeron

una violenta explosión y de nuevo la hondonada se cubrió de humo, Lorie se cogió a él.

—¿Qué sucede ahora?

—Dinamita. Han volado la grieta que se formó en la ladera, por la que salieron ellos. De esta forma, ninguno más volverá a aparecer. Al menos... por algún tiempo. Siempre que no se produzca otro cataclismo.

Se alejaron hacia el camino. Dejaban atrás la triste llanura presidida por el montón de piedras negras. Bajo ella el misterio permanecía de nuevo oculto.

Uno de los muchos misterios ocultos a los hombres. Porque... ¿cuántos otros, quizás más terribles, ignoramos aún?

F I N

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores

exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.



EDITORIAL ANDINA, S.A.

PVP **20** PTS.